

CORAZONES ROTOS



Katharine
HEPBURN
Charles
BOYER

EDICIONES BIBLIOTECA FILM

More Villani



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VEDDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Teléf. 79657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Berberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación semanal

Nº XI

Núm. 206

CORAZONES ROTOS

CORAZONES ROTOS es una novela de amor, en la que dos corazones que se aman, no llegan a comprenderse hasta el último instante, en el que parece que el Destino ha de separarlos para siempre. Novela llena de dulce emoción porque en ella juegan con admirable realidad, el amor verdadero, los celos y las bajas pasiones de otra mujer que quiere destruir la vida de los dos enamorados. = = Creación de

Ratharine Hepburn

DISTRIBUCIÓN
EN ESPAÑA:



RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Constance Danne . . . KATHARINE HEPBURN
Franz Roberti . . . CHARLES ROYER
Didi Smith Jean Howard
Taline Jean Hersolt

—NARRACIÓN DEL FILM POR—
MANUEL NIETO GALAN

CORAZONES ROTOS

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

ARTISTA MUNDANO

En el mundo artístico sonaba un nombre con la insistencia de ídolo, y era éste el nombre de Franz Roberti. Era en aquel entonces Franz Roberti el músico que más conciertos daba en los mejores teatros de los Estados Unidos y se había convertido en un artista favorito del público elegante, hasta el extremo que era preciso adquirir las localidades para sus conciertos con más de una semana de anticipación.

Halagado por los empresarios, aplaudido por los públicos, admirado por los hombres y adorado por las mujeres, Franz Roberti seguía una vida llena de ficticios

afectos, pero interiormente notaba él la falta de un cariño sincero, de una verdadera amistad o de un amor que fuese gula en su existencia y llenase aquel vacío que él encontraba en sus momentos de soledad.

Franz Roberti tenía a la sazón unos treinta años, era un hombre de aspecto plenamente varonil, vestía con exquisita elegancia y en todos sus actos podía admirarse el gusto refinado del artista, que siente en su ser la fuerza de todo lo bello.

Ganaba el dinero a manos llenas y esto le permitía una vida de lujo y de satisfacciones que ja-

más gozó de niño, puesto que sus padres apenas si pudieron costearle la carrera de Música.

Todo cuanto era se lo debía al viejo profesor Talma, hombre de gran corazón, verdadero enamorado de la música y que jamás miró los bolsillos de sus alumnos, sino su inteligencia.

Pero de aquella vida de privaciones y abstinencias de la niñez, Franz apenas si se acordaba. Todo aquello había pasado para él como suele pasar un mal sueño, y embriagado por el triunfo no se acordaba de los otros, que como él años atrás, luchaban por el triunfo y por la gloria.

Sin ser malo, porque su corazón no podía albergar ningún mal pensamiento, estaba engreído con su gloria, y a veces resultaba orgulloso y hasta trataba con cierto desdén a los que consideraba inferiores a él, cosa que en muchas ocasiones le había recriminado su maestro.

Daba en aquellos días su penúltimo concierto en el Gran Metropolitano de Nueva York, y el público se estacionaba ante las taquillas con la esperanza de poder obtener alguna entrada y poder oír a aquel mago de la música, que tan caro ponía su arte.

Las muchachas encargadas de

la venta de localidades luchaban con el público que no se avenía a quedarse sin la entrada, y una y mil veces tenían que repetir la misma frase:

—No quedan entradas.

—Aunque sea de pie—insistían los que demostraban tener más empeño.

—Imposible—volvían a decirles las taquilleras—. Ya le hemos dicho que no hay un solo sitio vacío.

Y mientras que las empleadas luchaban con el público, el maestro dirigía su orquesta con aquella seguridad y maestría que lo habían convertido en ídolo.

Cuando terminó el concierto, una salva de aplausos le obligó a salir varias veces al escenario, hasta que por fin llegó a su cuarto para cambiarse de ropa y salir a la calle.

En su cuarto se encontró con una muchacha de unos veinticinco años. Era una muchacha rubia, espléndidamente bonita, en cuyos ojos brillaba una flama, que indicaba que aquella mujer había recorrido el camino de su juventud con una celeridad poco común.

No podía negársele una belleza excitante, una de esas bellezas que atraen al primer golpe de vista, y

de las que es difícil substraerse hasta que se ha conocido a fondo a la persona.

Era una mujer conocidísima en los medios elegantes por el ruidoso divorcio a que había dado lugar hacía poco tiempo y del que parecía querer consolarse con el amor de Franz.

Didi Smith, que así se llamaba la joven, desde el primer día que vió a Franz Roberti quedó prendada de la prestancia de aquel hombre, y se propuso desde entonces emprender una ruda batalla para conquistarlo, sin importarle las armas que habría de emplear para conseguir su objeto.

Mujer caprichosa, acostumbrada a hacer siempre su gusto, creía que la conquista del músico era la cosa más sencilla del mundo. Sin embargo, Franz no se sentía muy atraído por ella. Sentía, eso sí, la atracción de aquella belleza fascinadora, pero muchas veces al contemplarla pensaba que aquel cuerpo escultural, aquella mujer capaz de inspirar el deseo al hombre más insensible, era no obstante solamente un cuerpo sin alma. La consideraba como una bella escultura femenina a la que se contempla y admira por su be-

lleza, pero hacia la cual no se siente nunca atraído.

Mas estos pensamientos del artista pasaban desapercibidos para Didi, y ella seguía su plan de conquista sin dejar un momento a solas a Franz.

Aquella noche, cuando entró en su cuarto y la vió, Franz exclamó cortésmente:

—¡Qué alegría, Didi!... ¿Cómo tú por aquí?

—No debe extrañarte—le respondió ella—. Sabía que dabas tu penúltimo concierto y no he querido perderlo. Además quiero que me acompañes.

—Con mucho gusto—respondió Franz quitándose el smoking y poniéndose otra americana, con el fin de simplificar su operación de vestirse.

Ofreció a continuación el brazo a su amiga y salieron del teatro juntos, mientras ella le decía por el camino:

—Hoy has estado sublime, Franz.

—¿De veras?—preguntó el artista friamente—. Te agradezco esa lisonja.

Mas a pesar de que Didi había querido expresar con gran admiración aquellas frases, Franz advirtió en ellas que no era el arte precisamente lo que llamaba la

atención de aquella mujer, sino su figura simbolizada por los públicos. Le quería, no por lo que él era, sino por lo que representaba. Comprendía que para Didi era un nuevo capricho al que no ponía precio, algo así como una joya que le había llamado la atención y que gracias a su fortuna no reparaba en su coste para conseguirla.

Llegaron a la puerta de la calle, y Franz se subió el cuello de su abrigo ante el frío que se percibía. Nevaba copiosamente, y las calles estaban cubiertas con la blanca alfombra de la nieve.

Apenas aparecieron en el dintel de la puerta, un coche magnífico se acercó a ellos, y Franz se apresuró a abrir la portezuela, al mismo tiempo que le decía al chófer:

—La señora va a casa.

—¿Pero no me acompañas?— le preguntó ella sorprendida.

—No puedo — respondió Franz sonriendo amablemente—. Tengo que arreglar ciertos asuntos para mi próximo concierto.

—¿Cenarás conmigo? — volvió a preguntarle ella.

—No te lo prometo; lo más fácil es que termine muy tarde.

Pero Didi no perdió toda la esperanza por aquello, e insistió en su ofrecimiento diciéndole:

—Te esperaré y cenaremos juntos... Ven a verme a mi casa.

—Procuraré hacerlo — le respondió Franz—. En caso contrario te telefonearé.

Y para evitar que ella le exigiese una promesa formal, cerró la puerta del coche, y éste emprendió la marcha, mientras que el músico hacia señas a su chófer para que se acercara. Subió a él y le ordenó:

—A casa del maestro Talma.

—Está bien, señor — respondió el chófer.

E inmediatamente el magnífico coche propiedad de Franz Roberti se deslizó rauda y suavemente por la blancura de la nieve, que no cesaba de caer, y se dirigió a casa del viejo maestro Talma.

EL MAESTRO TALMA

El maestro Talma era uno de aquellos seres admirables que viven tan solamente para su arte y para quienes cada discípulo es un hijo más que tienen. Seguía de cerca los éxitos de su discípulo Franz Roberti, y en muchas ocasiones pensaba en la gran diferencia que había entre aquel hombre que triunfaba y ganaba el oro a manos llenas y aquel otro pobre muchacho que llegó a su casa harapiento y falto hasta del suficiente alimento.

Talma sentía el orgullo de haber sido él el maestro, pero a la vez sentía también en muchas ocasiones el dolor que le producía el ver el orgullo y la soberbia de Franz Roberti, que parecía haberse olvidado de sus años pasa-

dos cuando la gloria y la fortuna eran para él tan solamente una ilusión.

No podía negar, sin embargo, que aquel orgullo jamás lo tuvo para con él, ni tampoco el pecado del olvido. Franz sabía la prodigalidad de su antiguo maestro, y siempre que estaba en la localidad le socorria y le aliviaba sus deudas, prohibiéndole siempre que pasase apuros, mientras él ganaba tanto dinero. Todo este cariño sincero de Franz lo estimaba Talma con todo el valor que tenía, pero así y todo él hubiera deseado que su alumno favorito fuese menos orgulloso y más comprensivo del dolor ajeno.

Precisamente aquella noche acababa de despedir a un mucha-

cho que había venido para ser alumno suyo, pero que desde el principio le había dicho que no le pagaría, cuando llamaron suavemente a la puerta, y Talma sonrió alegremente pensando en quién pudiera ser el visitante.

—¿Entro?—preguntó una deliciosa voz juvenil.

—¿Cómo no, querida mía?—respondió el maestro.

Inmediatamente apareció el rostro delicioso de una chiquilla de unos dieciocho años. Su primer golpe de vista era el de una muchacha vulgar. No se veían en ella esos rasgos regulares de una belleza femenina cautivadora. Su rostro era corriente, como muchos otros que existían y pasaban desapercibidos, y si mucho se exigía, podía hasta decirse que era más bien feúcha que guapa. Pero, sin embargo, en aquel rostro brillaban dos ojos con una vivacidad que expresaban el talento de aquella muchacha. Su temperamento inquieto, dispuesto siempre a concebir grandes pensamientos, la hacía interesante, y bastaba hablar con ella un par de veces para sentirse cautivado por el encanto de su alma y convencerse que era una mujer de un talento excepcional.

Vivía en un cuarto frente al del

maestro Talma, y la diferencia de edad, por una parte, el cariño de la muchacha, por otra, y, finalmente, la idolatría que sentía por la música, los hicieron amigos inseparables.

Talma con su gran conocimiento musical vislumbró en su joven amiga una gran disposición musical, y ella, amparada en el cariño que siempre le demostró el maestro, le enseñaba sus composiciones, para que él le diese su consentimiento o le corrigiese los defectos que encontrase en ellas.

Cuando Talma la vió entrar, la cogió cariñosamente las manos, diciéndole:

—¿Qué te trae por aquí?

—He compuesto una nueva sinfonía... Aquélla que le dije, y que tanto trabajo me ha costado. No sé si será de su gusto.

—Tócala—dijo el maestro.

La muchacha no se hizo repetir la orden, se puso al piano e inmediatamente comenzó a tocar la sinfonía que había compuesto. A medida que avanzaba en la pieza musical, el maestro afirmaba con la cabeza dando su consentimiento, y le dijo:

—Muchacha, esto es una maravilla... Es algo admirable.

La joven le miró sonriéndole complacida por los elogios que

hacia de aquella composición que tanto trabajo le había costado, y antes que pudiera responderle llamaron a la puerta, y ambos se volvieron extrañados de aquella visita que no esperaban.

—No sé quién podrá ser—le dijo el maestro, al mismo tiempo que se dirigía a abrir.

Lo hizo, y quedó sorprendido al ver a Franz Roberti, que entró apresuradamente diciéndole:

—Vengo a que me informe usted si debo empezar mi concierto próximo con «Tristán».

El maestro, creyendo que su alumno no se había fijado en su vecinita, le dijo a Franz:

—Permítame que le presente a mi vecina... Es una novel compositora que ha de llegar muy lejos.

—La felicito, señorita — respondió fríamente Franz.

La muchacha le dirigió una mirada en la que iban mezclados el agradecimiento y la admiración, y el maestro le dijo:

—¿Quieres oír su última composición?

—Lo lamento mucho, pero me es imposible — contestó secamente el músico—. He venido para hacerle esa pregunta, pero no para perder mi tiempo oyendo composiciones.

La contestación no podía ser más descortés, pero Franz, acostumbrado a que todo el mundo admitiera aquellas incorrecciones de él, ni siquiera se dio cuenta del efecto que producía en la joven y hasta en su mismo maestro. Pero la muchacha, sintiéndose avergonzada por la desatención del músico, excusó su presencia y salió del cuarto del maestro para dirigirse al suyo.

Talma en cuanto quedó solo con su antiguo discípulo le dijo:

—Has hecho mal en demostrar tan poco interés por la música de esa muchacha.

—Ya sabe usted que yo soy así—le dijo el músico—. Además que no tengo tiempo que perder... ¿Qué hora es?

El maestro se vió cogido por la pregunta de Franz, se llevó varias veces las manos a los bolsillos del chaleco, hasta que Roberti le dijo:

—No se moleste, que no encontrará el reloj... Búsquelo en alguna casa de empeño, que allí lo tendrá... Hace usted mal en no recurrir a mí.

—Es que, verás — empezó diciéndole el maestro, sin saber cómo disculparse—, yo creo que eso es abusar de ti.

—No diga usted tonterías—res-

pondió el músico—. Aunque usted no las dice, las hace. Estoy seguro que todavía sigue usted su mismo procedimiento de no cobrar nada a sus alumnos.

Talma no se atrevió a responder. La regañiza de Franz le cohibía excusarse, y éste terminó diciéndole:

—¿Dónde tiene usted la papeleta de empeño?

Y él mismo le metió la mano en el bolsillo y le sacó la papeleta diciéndole:

Vaya en un aprecio que tiene usted mis regalos.

—Comprende, Franz, que a veces la necesidad...

—¡No hay necesidad que valga!—le dijo su alumno—. Lo único que pasa es que es usted incorregible... No sé adónde va a llegar con su prodigalidad; pero que le conste que esta es la última vez que ocurre esto.

Y sin esperar una nueva excusa de su maestro salió de su cuarto para dirigirse a su casa particular, sin acordarse ya de que Didi le esperaba, y menos aún de la joven compositora que le había presentado el maestro momentos antes.

Bajó las escaleras, y en el piso inmediato oyó una música que le llamó la atención. Como artista

que era y sentía el arte, aquella música hizo presa en su alma y le obligó a detenerse para escucharla. Era una sinfonía admirable. Se advertía que la persona que la había compuesto conocía todos los resortes del arte musical y que además estaba poseída por un alma grande que le hacía concebir aquella belleza musical.

Influenciado por la música, dejándose llevar por ella y sin poner de su parte ninguna voluntad, fué acercándose insensiblemente hacia la puerta por donde se oía la música hasta que llegó a uno de los cuartos, y acercó el oído a la puerta. Se aseguró de que era allí donde se tocaba aquella sinfonía y llamó quedamente preguntando:

—¿Se puede pasar?

—Adelante—respondió la misma joven que momentos antes le había sido presentada en casa de su antiguo maestro.

Franz al reconocerla se dió cuenta de su incorrección anterior y procuró excusarse diciéndole:

—Le ruego, señorita, que me perdone por lo de antes... Si yo hubiera sabido...

—No trate de excusarse—le dijo ella sonriendo—. Aquello no tiene importancia; además que

usted está muy alto y no se va a fijar en una pobre principianta.

Franz en aquellos momentos era sincero. La música le había devuelto su verdadera personalidad y le respondió:

—Yo también tuve mis principios, tal vez mucho más difíciles que los de usted. No puede darse idea cómo me encanta todo cuanto hay en esta casa.

La muchacha se dio cuenta entonces que sobre la mesa había una media a medio zurcir, y se apresuró a esconderla rápidamente debajo de un cojín, diciéndole candorosamente:

—Perdone usted que esté todo revuelto.

—Al contrario — exclamó él —, para mí resulta encantador todo este delicioso descuido. Yo también sé lo que es vivir en la estrechez, lo que es la deliciosa suciedad de muchas veces.

Ella respondió rápidamente al oír aquellas frases:

—Le advierto que aquí no encontrará usted eso, porque aquí está todo deliciosamente limpio.

Franz, sin advertir el tono de reconvención de la joven, se fijó en el piano en que estaba tocando, y siguió diciéndole:

—Tiene usted, como yo tenía, un piano viejo, un piano que, co-

mo el mío, también será de alquiler... ¡Y quién sabe si será el mismo que yo tenía!

Se sentó ante él, hizo sonar varias teclas y al verlo tan desafinado exclamó:

—Creo que no me he equivocado; este piano era el que yo tenía; por lo menos vale tan poco como aquél.

La joven compositora sonrió ante la sencillez que le demostraba en aquel momento el célebre músico, y se extrañaba al ver la diferencia que había entre el hombre que en aquel instante hablaba y el director que apreciaba en el teatro. Este, cada vez más familiarizado con ella, siguió diciéndole:

—Mándeme usted alguna composición suya... Procuraré incluirla en mi repertorio; se lo prometo.

—Es que ya lo he hecho varias veces — le dijo la joven.

—¿Que me las ha enviado? — preguntó extrañado el músico.

—Sí, pero usted, desde luego, no ha podido ocuparse de ellas... Le enviarán tantas que no va a perder el tiempo con una principianta.

—Entonces, eso quiere decir que me conocía usted.

—Claro que sí... ¿Quién no co-

noce a Franz Roberti? Yo he sido y soy una de sus más fervientes admiradoras.

—Pues siento grandemente el no haberlo sabido hasta ahora. Tenga usted la seguridad de que en adelante leeré sus composiciones con todo el cariño que usted se merece.

La muchacha le miró con tanto agradecimiento, había en sus ojos tanta dulzura, que el músico, sin que pudiera expresarlo ni definirlo, sintió un extraño presentimiento. Aquella mujer tenía un atractivo irresistible, y todo él consistía en aquella forma tan ingenua de mirar. Además Franz empezaba a adivinar en ella un alma extraordinaria y una inteligencia poco corriente. No era como aquellas muchas otras con las que había tratado, y hasta hubiera deseado permanecer a su lado mucho más tiempo. Pero su presencia allí no tenía explicación posible y se retiró diciéndole:

—Le suplico que me perdone mi falta de atención... Procuraré que nos veamos más adelante para hacerme perdonar del todo.

La joven le acompañó hasta la puerta, y allí nuevamente se miraron los dos, sintiendo esa mutua atracción que experimentan dos seres, cuando sus almas han llegado a comprenderse, sin que ninguno de ellos se dé cuenta.

Al quedar sola, la joven volvió otra vez al piano, y con el pensamiento puesto en el hombre que acababa de marchar, se puso a tocar aquella sinfonía, que era la expresión más sincera de su alma. En ella se advertía toda la dulzura de aquel carácter exquisito y la belleza de sus sentimientos expresados sinceramente en aquellas notas musicales y compuestas con la perfección de una persona que ama y siente el arte a que se dedica. ¡Qué feliz hubiera sido la muchacha si hubiera oído alguna de sus composiciones ejecutadas por Franz! Mas suspiró tristemente, pensando que eso era casi tanto como soñar con lo imposible, ya que muchos autores, de mucho más nombre que ella, no habían conseguido que Roberti les diera la satisfacción de incluir en su repertorio sus obras.

UN CONCIERTO EXCEPCIONAL.

Dos días después había de celebrarse el concierto final de la temporada de Franz Roberti. El ser el último concierto de la temporada había dado lugar a que la expectación fuese aún mayor y a que desde mucho tiempo antes quedasen todas las localidades reservadas.

Por la tarde la orquesta que dirigía Franz se hallaba reunida en el escenario, esperando la llegada del director para comenzar el ensayo, y algunos de los músicos hacían comentarios relativos a su tardanza diciendo:

—Parece que hoy le cuesta más trabajo despedirse de su admiradora.

—¿Quién es la de ahora?—preguntó uno de los músicos.

—Ahora es esa muchacha que se divorció hace poco. Creo que hace furor en la sociedad, pero que, sin embargo, el maestro no la atiende todo lo que debe.

—Es que el maestro tiene muchas a quienes atender y no puede dedicarse a una sola.

En aquel momento el subdirector de la orquesta llamó la atención de los músicos diciéndoles:

—Cada uno a su puesto... Llegó Roberti, y ya sabéis que no quiere esperar.

—¿En qué auto viene?—preguntó el que tocaba los timbales.

—En uno azul.

—Pues entonces tenemos tiempo de sobras... Todavía tardará un cuarto de hora en despedirse.

Me parece estarle oyendo ahora como si estuviera presente.

Y para que los demás compañeros se rieran, le cogió una mano al compañero que tenía al lado, se la besó galantemente y fingiendo una voz de mujer le dijo:

—¿Tardarás, bien mío?

Luego adoptó un tono de voz parecido al del maestro y respondió:

—Perdóname, no sé a qué hora terminaré el ensayo... Luego estoy muy cansado y necesito estar tranquilo para la noche.

Pero mientras él imitaba de aquella forma al director Franz Roberti, éste entró en el escenario y adviniendo lo que hacía su subordinado le dijo:

—Le advierto que está usted completamente ridículo haciendo el amor.

Se fué directamente hacia el atril directivo y les dijo:

—Vamos, señores... Ya es hora de empezar.

Y a una señal suya todos los músicos empezaron el ensayo, mientras que en la calle ocurría un hecho que a pesar de su comicidad iba a ser trascendental para la vida de dos seres.

La joven compositora, en su deseo de admirar de cerca al gran maestro, había ido desde su casa

hasta el teatro con el fin de proveerse con anticipación de una entrada para aquella noche, pero cuando llegó a la taquilla y pidió una localidad de cincuenta centavos, se vió con la desagradable sorpresa de que le dijeron que se habían terminado. Creyó que las tendrían más caras y le dijo al taquillero:

—Entonces démela de un dólar.

—Tampoco hay — le respondió—. Todas las entradas de esta noche hace días que están vendidas y no queda ninguna.

—¿Qué extraño! — murmuró ella—. ¿Y dice usted que no quedan entradas? ...Aunque sea en cualquier parte.

—Ya le he dicho que está completamente agotado el teatro... No cabe una sola persona más.

La muchacha sintió más aquello que si no hubiera tenido para comer en toda una semana. Había que saber la ilusión con que venía a aquel concierto, y toda aquella ilusión quedaba anulada y rodaba por el suelo, al no haber ni una sola localidad disponible.

Echó a andar poco a poco, y llegaron hasta ella las notas de la música que estaban ensayando en el interior del teatro, y sin salir del vestíbulo donde estaba la sala

del teatro, se metió en ella, sin que nadie se diera cuenta.

Franz, como de costumbre, regañaba a los músicos, al no dar éstos alguna nota tal y como la concebía él, y se dirigía hacia el cansante de la falta diciéndole:

—Oiga usted... Procure soplar mejor, que lo que usted hace lo hace cualquiera.

El músico callaba, corrido por la regañiza, mientras que los otros se reían, y Franz dirigiéndose a uno de ellos al que le llamaban Schubert, le dijo:

—Usted será Schubert, pero un Schubert moderno que no hace recordar en nada al que murió.

Nuevas carcajadas de los demás cercaron las palabras del director, y éste se colocó nuevamente en el atril diciéndoles:

—Aunque no cenemos ninguno, de aquí no se sale hasta que el ensayo termine y salga bien; con que ya ven si les interesa prestar atención.

En aquel instante se oyó el chillar de una butaca, y Franz se volvió rápidamente con el propósito de lanzar a la calle al importuno que se hubiera atrevido a entrar en la sala mientras él ensayaba.

Era aquella una de las primeras condiciones que ponía en los con-

tratos, la de poder ensayar sin testigo alguno, y hasta aquel momento se había cumplido en todos los teatros. Por lo mismo bajó del escenario, y la muchacha al darse cuenta de que la echaría, intentó evadirse, pero sin que antes llegara hasta ella Franz y le dijese, sin haberle visto todavía el rostro:

—¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí?

La joven volvió el rostro y le respondió timidamente:

—Nadie, he sido yo sola la que me he atrevido.

Franz al verla quedó agradablemente sorprendido y le preguntó:

—¿Cómo es que está usted aquí?

—Vine a comprar una localidad para el concierto de esta noche, pero no podré oírlo.

—¿Por qué? —inquirió el músico.

—Pues porque ya no quedan entradas... Y eso que la he pedido hasta de un dólar.

Franz miró hacia los últimos pisos del teatro, pensando en la localidad que valía aquel importe y le dijo:

—¿De modo que no tiene usted localidad?

—Ninguna — respondió la jo-

ven—. He querido comprar una y me han dicho que todas están vendidas.

Franz sonrió al ver la ingenuidad de la muchacha, y tomándola cariñosamente por un brazo le dijo:

—Yo le prometo que usted va a oír el concierto mejor que nadie. Su localidad será la mejor.

Y conduciéndola suavemente la llevó hasta la primera fila de butacas, y le dijo:

—Siéntese aquí. Ahora tocaremos el concierto igual que si la sala estuviera llena de público. No advertirá más diferencia sino que tocamos con más gusto.

Subió al escenario y dirigiéndose a los músicos que miraban extrañados lo que ocurría, les dijo:

—Señores, quiero que toquemos ahora como si estuviéramos en pleno concierto. Pensad que nos escucha una persona inteligentísima, que sabe lo que es música, mientras que muchos de los que vengan esta noche ni siquiera sabrán lo que es solfeo.

Acto seguido empuñó la batuta y comenzó el concierto. Franz ponía al dirigir en aquella ocasión toda su alma, y sólo pensaba en la joven que abajo estaba escuchando la ejecución. Mientras tanto, ella tan ensimismada esta-

ba en la música, tan plenamente poseída por ella, que cuando terminó el concierto ni siquiera acertó a aplaudir.

Franz comprendió la emoción que sentía en aquellos instantes su amigueta y la saludó, lo mismo que los músicos, igual que si fuera el público el que los aclamaba. Sabía que aquella emoción valía mucho más que todas las ovaciones que por la noche le tributarían, ya que era ella un síntoma verdad del efecto que la música había causado en la joven.

Cuando por fin terminó, se dirigió a los músicos y les dijo agradecido del interés que habían puesto al tocar:

—Señores, en vista de los buenos músicos que son ustedes, queda terminado el ensayo. Hasta la noche.

Bajó otra vez al patio de butacas, cogió a la joven y le dijo:

—¿Quiere usted permitirme que la acompañe?

—Con mucho gusto—le respondió ella, pero rectificó en seguida y siguió diciéndole—: Eso en el caso que no le sirva a usted de molestia.

—De ninguna forma; además voy a atreverme a invitarla a usted en mi casa...

Sonrió ella ante el ofrecimien-

to, y dejándose llevar por la admiración que le causaba aquel hombre, le respondió:

—Iré con mucho gusto, pero no quisiera ser un obstáculo para sus quehaceres.

—Mis ocupaciones están todas hechas ya... Solamente falta el cumplir con usted.

Sallieron a la puerta y se encontraron sentado en los escalones de la subida al teatro a un joven elegantemente vestido, Franz al verlo se quedó perplejo por su presencia allí y le dijo:

—¿Qué hace aquí?

—Te esperaba — respondió el otro—. Aquí hace menos ruido que en el escenario.

Franz se creyó en el caso de hacer la presentación de los dos, y le dijo a su amiga:

—Tengo el gusto de presentarle a John Lawrence, un buen muchacho que no tiene más defecto que el no hacer nada, o sea no hacer otra cosa que encarecer el champán.

Luego presentó a ella y le dijo:

—John, te presento a la señorita... señorita...

—Constance Danne — terminó diciendo ella, dándose cuenta entonces que él no sabía su nombre.

—Encantado — exclamó John—. Veo que este perillán es tan buen

músico, como catador de mujeres.

Y sin que nadie le invitara se colocó al lado de Constance, diciéndole:

—Bueno, ¿adónde vamos a ir a comer?

—Tú, donde mejor te parezca —le respondió Franz—. La señorita y yo ya hemos elegido el sitio... ya lo sabes.

—Hombre, eso no está bien — protestó John—. Dígame, joven, ¿no tiene usted una amiguita para mí?...

Franz sonrió ante la petición de su amigo y tomando a Constance por el brazo la llevó hasta el auto que los esperaba, y los condujo al domicilio de Franz.

Cuando llegaron allí, Franz se excusó con la joven diciéndole:

—Permitame que me cambie de ropa, mientras tanto puede usted inspeccionar la casa.

Dejó a Constance sola y se fué a sus habitaciones. La muchacha aprovechó aquel momento para ver el salón en que se hallaba y pudo admirar el lujo con que vivía el artista. Todo allí reflejaba la prodigalidad del dueño, y además el gusto que éste tenía. Objetos de gran valor artístico adornaban las paredes y los muebles. La luz entraba a raudales por un gran

ventanal por el cual podía verse los grandes rascacielos de la población, y en el centro del salón un magnífico piano que habría de servir al artista para ensayar sus obras.

Pero lo que más llamó la atención de Constance fué la variedad de retratos de mujeres que había por toda la estancia. Ellos eran una demostración palmaria de las muchas admiradoras que había tenido Franz, y además le decían claramente que aquel hombre había amado demasiado. Sin que ella lo pudiera evitar sintió celos de todos aquellos retratos y de buena gana los hubiera destrozado, si no la hubiera retenido el pensamiento de que ella no tenía ningún derecho a ello. Y es que Constance amaba a Franz, lo amaba calladamente, con ese amor que es mucho más fuerte cuanto más cuenta se da de su imposibilidad, y hasta tuvo un momento en que pensó en marcharse.

La llegada de Franz la sacó de sus meditaciones, y el artista, acercándose a ella, le preguntó:

—¿Le gusta mi casa?

—Mucho—respondió la joven—. Se ve que es usted un artista completo. No le falta detalle. Aquí debe usted vivir muy bien.

Franz hizo un gesto de hastio y le respondió:

—No lo crea. Aquí estoy aburridísimo. Falta en esta casa ese calor de hogar que tienen otras.

Ella lo miró con interés. Intentaba adivinar sus pensamientos, pero no sabía.

Entre tanto, Franz sacó su pitillera, una magnífica pitillera de plata, y le ofreció un cigarrillo, que Constance rechazó graciosamente diciéndole:

—Todavía no sé fumar.

Franz sonrió al darse cuenta de la intención con que fueron dichas aquellas palabras y llamó a su criado para decirle.

—Sirvenos la comida.

Cuando salió el criado, Franz siguió diciéndole:

—Hoy, sin embargo, se advierte en esta casa la presencia de una mujer. Me parece que he encontrado ese calor del que antes le hablaba.

Constance, acordándose de todos los retratos que había sobre las mesas y demás muebles, le dijo intencionadamente:

—Este mismo calor lo habrá tenido usted muchas veces.

—No lo crea—se apresuró a decirle él.

—Sin embargo—le respondió Constance—, no habrá sido por

esa mujer que usted dice. Se ve que ha probado usted encontrarlo con muchas.

Y al mismo tiempo le indicaba con la vista todas las fotografías que había esparcidas por la habitación, y Franz, sonriendo y sin dar importancia a ninguna de ellas le respondió:

—¿Usted cree que esas mujeres son capaces de prestar a una casa ese calor de hogar del que le hablaba?, pues yo le aseguro que no. Ninguna de ellas es capaz de comprender un alma de artista. Todas me trataron como un hombre más, sin comprender que el alma de un artista no se alienta solamente de besos y caricias.

Constance lo oía y sentía que lo que le decía Franz era lo mismo que ella había pensado tantas veces, por lo que no se atrevió siquiera a interrumpirle, mientras él siguió diciéndola:

—Créame, Constance. El amor ha de ser algo más que todo eso. Yo concibo el amor de una forma muy distinta.

—¿Lo que quiere decir—le preguntó ella—que todas esas mujeres no han dejado ningún recuerdo en su corazón?

—Ninguno—respondió el artista—. Para recordárlas necesito sus fotografías; de lo contrario no me

daría cuenta de que pasaron por mi vida.

—¿Y no queda ninguna en ella? —le interrogó intencionalmente Constance.

Cuando Franz iba a responderle entró el criado con la comida y el artista después que la hubo servido le ordenó:

—Puedes retirarte... Si te necesito ya te llamaré.

—Está bien, señor—respondió respetuosamente el criado, saliendo de la estancia y dejando nuevamente solos a los dos jóvenes.

El mismo Franz se apresuró a servir a Constance y al mismo tiempo que lo hacía le decía:

—Este plato se llama «popano», es mi predilecto. Ya verá cómo lo encuentra exquisito.

Constance probó la vianda que le ofrecía Franz y exclamó:

—Verdaderamente es exquisito. Todo lo que hay aquí resulta extraordinario.

El sonrió satisfecho, y mientras que comía le dijo cariñosamente:

—Créame, que hace mucho tiempo que no me he sentido tan feliz como hoy...

Constance le miró amorosamente y Franz leyendo en aquella mirada todo el fuego del amor que la joven sentía por él la preguntó:

—¿No se siente usted feliz?

—Ahora, sí—le dijo ella—. Es doloroso pensar en el porvenir.

—En el porvenir no se debe nunca pensar—le contestó Franz. —La felicidad presente es siempre mayor que la venidera. El que piensa en el mañana nunca es feliz en el momento.

Habían terminado de comer y Constance se dejó caer sobre el mullido sofá que había en el comedor. Franz se sentó al lado suyo y siguió diciéndole persuasivo:

—Nunca me podré perdonar la forma en cómo la traté la primera vez que la vi.

—¿Quién se acuerda ya de eso? —le dijo ella—. Usted no me conocía, tenía mucha prisa y no podía hacer otra cosa.

—Y sin embargo, ya ve usted cómo su música me detuvo—volvió a decirle Franz.

—¿La recuerda? —le preguntó ella.

—Todo lo que es bello no se puede olvidar... Por eso yo no olvidaré aquella música, ni podré olvidarla a usted.

Constance sintió que toda su sangre se agolpaba en sus mejillas y bajó la cabeza para que él no notara su sonrojo. Oírle decir a él que era ella bella, era la mayor dicha que podía experimentar la joven. Para evitar que su azora-

miento fuera aún mayor, se levantó de donde estaba y se dirigió al piano, diciéndole:

—¿Quiere que toque la sinfonía?

Y con el asentimiento de él se puso a tocar en el piano la música que detuvo en la escalera e hizo entrar a su cuarto a Franz.

Constance expresaba en aquella sinfonía que había compuesto todo el amor que era capaz de sentir. Era cada nota de aquellas una expresión fiel de la dulzura de su corazón, y Franz la oía extasiado, sintiendo la influencia que sobre él ejercía, en aquel atardecer neoyorquino, la música de Constance.

Sin poderse contener le dijo a mitad de la pieza:

—¿Cómo sabe usted expresar todo eso tan fielmente?

Ella sonrió y siguió tocando, mientras Franz continuaba diciéndole:

—Es usted admirable, Constance. Su música es como su alma, sencilla, pero llena de sublimidades.

Constance dejó de tocar y le preguntó:

—¿Cómo puede usted saber cómo es mi alma?

—Porque usted es de las mujeres que no engañan... Querría usted hacerlo y sus ojos, esos bellos ojos que acarician al mirar, que

hablan de amores infinitos, que expresan toda la dulzura de una vida, la delatarían... No trate de engañar a nadie mirándole de frente, porque sus ojos no la dejarían.

Se hallaban los dos tan cerca el uno del otro, que sus bocas estaban próximas a besarse. Constance esperaba aquel beso con todo el amor que sentía por el artista. Lo tenía cerca de ella y ya le parecía que sus labios sentían el fuego de los labios del hombre adorado.

No obstante Franz se repuso de la emoción de aquel instante. No quería besarla en su casa, no quería que ella pudiese nunca sospechar que aquella invitación que la había hecho, era igual que la que otras veces había ofrecido a otras mujeres que con él habían comido.

Se sobrepuso al amor que empezaba a nacer en su corazón y la dijo:

—Ya es tarde; ¿quiere usted que la acompañe a su casa?

Constance se levantó. El mismo Franz había roto el encanto de aquella hora y los dos juntos salieron hacia la casa de la muchacha.

Cuando llegaron a ella era ya completamente de noche. Constance sacó la llave de su cuarto y

el mismo Franz se ofreció a abrir la puerta.

—Puede usted entrar, si es que no tiene ningún compromiso—le dijo ella.

Franz no se hizo repetir el ofrecimiento y entró tras la joven, cerrando la puerta.

—Mi casa no es como la suya—le dijo sonriendo tan deliciosamente que el artista sin poderse contener más, la estrechó en sus brazos y la besó ardientemente, sintiendo el estremecimiento que su beso había causado en la muchacha.

—Constance—la dijo—. Te amo como jamás había soñado amar... Dime que tú también me amas.

—¿Necesitas que te lo diga?—le preguntó ella—. Desde el primer día que te vi te amaba ya, pero nunca pude imaginarme que este amor mío pudiera ser correspondido.

—¿Por qué no?—respondió a su vez Franz—. En mi vida he encontrado una mujer más digna, ni más acreedora a esta pasión que siento latir en mi pecho.

Constance cogió la cabeza del joven entre sus manos, lo miró amorosamente a los ojos y como si presintiera que aquel amor había de atormentar su vida, le preguntó dulcemente:

—¿Y no te pesará nunca de ha-

berme amado?... ¿No llegará un día que te canses de mí?...

—Nunca, Constance—respondió él—. Yo creo que solamente se ama una vez en la vida, y esa vez ha llegado ahora para mí. Además, ya te he dicho que no hay que mirar el porvenir, hay que ser feliz en el presente...

Constance le oía emocionada. Toda su vida le hubiera parecido poca para pagar la felicidad de aquel momento, y se abrazaba a Franz como si quisiera retenerlo dentro de su corazón mucho más que aun le tenía.

En aquel coloquio amoroso pasaron las horas sin darse cuenta, hasta que Constance misma fué la que supo imponerse y decirle:

—Debes marcharte, Franz, se acerca la hora del concierto y no puedes faltar a él... Por nada del mundo me lo perdonaría.

—Debias estar tú allí...le replicó él—. Verias con cuánto afán tocaba solamente para ti.

—No te importe—le dijo ella a la vez que sonreía complacida y orgullosa—. Yo desde aquí te seguiré con el pensamiento y lo oiré como si estuviera allí.

Por fin se despidieron los dos enamorados y aquella noche Franz fué el maestro consumado que causó doble admiración en el público. Jamás se le había oído tocar, ni dirigir como aquella noche y todos se extasiaban ante el artista, sin que ninguno pudiera adivinar que era la llama del amor quien le iluminaba en aquellos instantes.

El único que sonreía bonachonamente, dándose cuenta de todo, era John, el simpático John, para quien la inspiración del maestro no tenía secreto alguno.

EL VIAJE DE BODA

Al día siguiente Franz fué a ver de nuevo a Constance y le dijo:

—¿Sabes lo que he estado pensando?

Ella movió negativamente la cabeza, mientras que él la hablaba, y Franz continuó diciendo:

—Pues he estado pensando en nuestro viaje de boda.

Constance sintió una infinita alegría. Era verdad lo que le decía, y sin embargo no podía creerlo. Aquella dicha era mucho mayor de cuanto ella habría podido soñar, y le dijo:

—¿Pero es verdad que tanto te has acordado de mí como para querer casarte conmigo?

—Sí, y si eso te alegra, creo que habrá otra persona que sentirá también una alegría muy grande.

—Ya sé quién es—respondió inmediatamente Constance—. Esa persona es el maestro. Vamos a verlo en seguida.

Y como una chiquilla que va a referir una travesura suya, así fué corriendo Constance al piso del viejo maestro, a quien le dijo, antes de que él pudiera ver a Franz:

—¿Sabe que me caso?

—¡Caramba! — exclamó el viejo—. ¡Y qué callado lo tenías, pequeña!

—Es que yo no lo sabía tampoco hasta hoy.

—¿Que no lo sabías y dices que te vas a casar en seguida?—preguntó extrañado el maestro de canto.

—Yo solamente sabía que amaba mucho a un hombre, pero creía

que ese amor era imposible... Aun hoy me parece todo un sueño, y eso que está a punto de ser realizado.

El viejo maestro se había dado cuenta en seguida de quién era aquel hombre a quien tanto amaba la joven, pero quería dejarle esa dicha, que consiste en revelar el nombre de la persona querida, y fingiendo no saber nada le preguntó:

—¿Pero quién es él?

—¿No lo adivina?—le preguntó ella extrañada—. Debía usted haberlo sabido desde el primer momento.

—Ya me lo supongo. Debe ser ese perillán de Franz el que me quita mi mejor amiga. ¿He acertado?

Constance afirmó con la cabeza, y entretanto entró Franz, y el maestro le abrazó diciéndole:

—Hijo mío, no sabes la alegría tan grande que me das. Constance es digna de ser amada por un hombre honrado como tú y debes hacerla tan feliz como ella se merece.

—¿Y claro que la haré!—respondió Franz con el optimismo que siempre expresaba en sus palabras—. Cuando se aman dos seres como nosotros nos amamos,

no hay nada que pueda interponerse a su felicidad.

El profesor sonrió bondadosamente y les advirtió:

—Cuando dos seres se aman como vosotros os amáis, tan solamente hay una cosa que pueda romper ese amor... Otra mujer. Ten cuidado con ellas, Franz. Tu nombre es hoy en día admirado por mucho público, y entre ese público hay también muchas admiradoras. Sigue mi consejo, no les hagas caso, porque ninguna de ellas podrá darte lo que te ofrece Constance, que es un amor sincero, sin jactancia alguna.

El consejo de Talma emocionó tanto a Constance que se abrazó a él, y conteniendo a duras penas las lágrimas le dijo:

—¿Qué bueno es usted, maestro!

—No, hijita—le replicó el profesor—. Di solamente que soy viejo y que conozco la vida más que vosotros, porque he recorrido ese camino antes de que podáis hacerlo vosotros dos.

Pero el optimismo de los dos jóvenes era tan grande que pronto contagiaron de él al maestro, y ya ninguno de los tres pensó más en que pudiera suceder nada que alterase la felicidad que hacía presumir aquel casamiento.

El único que desde aquel día se mostró un poco cabizbajo y pensativo fué John. Era inútil que sus amigos le preguntasen el motivo de aquella actitud, porque el joven se negaba a dar ninguna satisfacción. Pero Constance la adivinaba. Era mujer, y por mucha que fuera su inexperiencia en asuntos amorosos no había pasado para ella desapercibida el verdadero motivo de aquella forma de obrar de John. Se había dado cuenta de que el muchacho estaba enamorado de ella. No había tenido necesidad de decirselo para que ella lo advirtiese. Varias veces le había sorprendido mirándola, y en los ojos del joven había leído el fuego de una mirada que solamente cuando se atea se tiene.

Otras veces había sido al hablar con ella, al decirle Constance su felicidad de aquellos días, al contarle sus ilusiones con el mismo cariño que una hermana puede hacerlo a un hermano, cuando advirtió la muchacha el gesto de pesar que le daba a entender que envidiaba la felicidad de Franz.

Pero a pesar de su jovialidad y de tener un carácter que parecía poco propicio a las cosas serias, John jamás se extralimitó en lo más mínimo, y salvo algunas bro-

mas sin malicia alguna supo siempre ver en Constance la prometedora de un amigo suyo a quien de verdad quería.

Y como todo llega en el mundo, llegó también para los felices enamorados el momento dichoso de la boda. Constance no quiso que asistieran a ella más que los dos amigos íntimos, o sean el maestro Talma y John. Con ellos tenían bastante como testigos y padrinos. Y en la intimidad de aquella amistad se celebró la boda, que había de unir para toda la vida a Constance y Franz. Fué una loca aventura la de los dos enamorados. Salieron al día siguiente para Europa y visitaron Londres; de allí pasaron al alegre bullicio de París, recorrieron juntas los cabarets de moda, visitaron grandes almacenes de modas, juntos pasearon por las grandes avenidas parisinas y en todas partes su amor les parecía más fuerte, mucho más eterno.

Cuando se cansaron buscaron en el romanticismo de Venecia un marco adecuado para aquellos amores y en los bellos canales de la ciudad, arrullados por las bellas canciones napolitanas, gozaron también de las dulzuras de aquella pasión que cada vez los tenía más unidos.

Aquella dicha parecía iba a ser eterna, y sin embargo Constance sentía a veces miedo de ella. No estaba segura de que pudiera durar mucho. Era tan feliz que su misma felicidad le preocupaba. Pero aquellos desvanecimientos eran solamente cuando se encontraba sola; de pronto aparecía Franz, con cualquier nuevo obsequio, la besaba con verdadera pasión, y Constance volvía a ser otra vez la mujer enamorada y plenamente confiada en su amor.

Durante más de dos meses no conocieron más amistades que las que casualmente se encontraban en sus viajes, y siempre solos les parecía que el mundo principiaha y se acababa en ellos.

Mas al fin de aquel tiempo un telegrama de Nueva York los hizo volver a la realidad. Los contratos firmados con anterioridad a su partida exigían su regreso para cumplimentarlos, y los dos esposos tuvieron que regresar de nuevo a América para empezar una nueva vida.

Comenzaron otra vez los ensa-

yos, comenzó otra vez Franz a dar sus conciertos y otra vez los grandes diarios empezaron a ocuparse de él, tratándole como uno de los músicos mejores que había tenido la nación. Constance leía todos aquellos elogios y sentía el orgullo de ser la esposa del hombre a quien tanto admiraban, y quiso ser ella algo también. Sentía la música con la misma fuerza que sentía su amor, y durante las horas en que Franz la dejaba sola para ir a los ensayos, Constance se dedicaba a escribir música, que luego el mismo Franz daba a conocer en sus conciertos.

Bastó muy poco tiempo para que el nombre de Constance fuera conocido por los editores y músicos, y empezaron a pedirle obras, a pedirle composiciones, que ella jamás entregó sin autorización previa de su marido. Ella escribía la música para él y pensando únicamente en él, por lo que no quería que nadie pudiera ofrecer las primicias de su trabajo sin que antes lo hubiera conocido Franz.

LAS PRIMERAS NUBES

Desde que Franz se había casado ni una sola noche había faltado a su casa. Siempre al terminar su concierto, si es que Constance no había ido a acompañarle, tomaba su coche y se dirigía en busca de Constance. Algunas veces sus amigos le habían invitado a cenar fuera, pero Franz encontró siempre la excusa oportuna para rehuir la invitación y marchar en busca de su esposa, que sabía le esperaba hasta últimas horas de la noche.

Era una costumbre que había adquirido Constance y que Franz no podía quitarle.

En algunas ocasiones su marido le había dicho:

—Haces mal en no acostarte hasta que yo venga... ¿No com-

prendes que puedo tener alguna noche un compromiso y venir tarde?

—Te esperaré lo mismo... No podría dormir sabiendo que no estás a mi lado.

Y le decía esto con tanto cariño, con tanto amor y mirándole como una chiquilla que espera una caricia, que Franz terminaba echándose a reír, la tomaba en sus brazos y la decía:

—Eres una chiquilla, Constance... Una chiquilla encantadora... Nunca sospeché que fueras tan buena.

Pero ella protestaba de aquella bondad que le adjudicaba su marido y le decía:

—Di más bien que soy muy feliz... Cuando se es tan feliz como

yo lo soy ahora, hay que estar alerta para no perder la felicidad.

Y en vista de que nada conseguía en este aspecto, Franz terminó por no insistir más, y la dejaba que le esperase.

Muchas noches no era Constance sola la que lo esperaba. John se negaba a ir al concierto y hacía compañía a la joven. Pasaban la velada jugando al bridge o a cualquier otro juego, y Constance, a medida que pasaban los días, sentía mayor cariño hacia aquel amigo sincero que desde que se casó no volvió a dirigirle ni una sola de aquellas miradas en las que él quería expresarle el amor que por ella sentía.

Una noche, al terminar Franz uno de sus conciertos y salir del teatro, se encontró con Didi, que al verlo se acercó a él y le dijo:

—Estás secuestrado, Franz.

—Estoy enamorado — respondió el músico—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no hay miedo de verte entre los amigos... Debes tener una mujer muy celosa... ¿Y eras tú el que te reías del amor?

—Me reía porque todavía no le había conocido — le respondió Franz—. Ahora que le conozco, pienso que es una persona mucho más seria de lo que parece.

La contestación había sido como para que otra mujer que no fuera Didi no volviera a insistir, pero ella no se dejaba ganar la partida tan fácilmente, y le dijo:

—¿Entonces será inútil que te pida que me invites a cenar?

—Espera una noche que avise a mi mujer, y podremos hacerlo los tres.

—No me gusta hacer el none en ninguna pareja — le respondió ella—. Prefiero mejor que seamos solos.

—Si quieres puedo traerte compañía. Estoy seguro de que le agradará.

—Gracias. Supongo que se trata de tu amigo John, pero él tiene suficiente con hacer compañía a tu esposa.

La indirecta iba bien dirigida, pero la confianza que Franz tenía en Constance era mucho mayor que la perfidia de aquella mujer, y no la hizo caso. Se despidió de ella y fué a su casa.

Encontró a su mujer sola y la preguntó:

—¿No ha estado aquí John?

—Sí — le respondió ella—. Hace un buen rato que se ha marchado.

La contestación revelaba tanta ingenuidad, que Franz sintió que desaparecía del todo aquella pequeña duda que podían haber en-

gendrado en él las palabras de Didi. Incluso le pareció su esposa aquella noche mucho más hermosa que nunca, y la besó con un deseo, como hacía tiempo no había sentido. Y es que al pensar que podía perderla, todo el amor que por ella sentía se hizo más fuerte, mucho más expresivo, y se dió cuenta de que sin ella la vida le sería ya imposible por lo que terminó por abandonar aquellos pensamientos, convencido del gran amor de Constance.

Pero Didi no era de las mujeres que ceden pronto ante los inconvenientes para realizar sus deseos, y uno de los más grandes que tenía en aquella época era poder lucir nuevamente a Franz, ya que ello constituía un signo de elegancia.

El nombre del artista estaba en pleno éxito y este éxito habría de reflejarse necesariamente sobre la mujer que lo consiguiera. Pensando en todo esto y sin que en su actitud entrase para nada el amor y sí sólo la presunción, Didi no dejaba un solo momento a Franz. Le buscaba en el teatro, en el escenario, en su camerino. Se hacía la contradanza con él en todos aquellos lugares que sabría frecuentaba el artista y poco a poco fué consiguiendo que la actitud

reservada de Franz fuera volviéndose más expansiva y más confidencial.

Sin que Franz se diera cuenta iba, como suele decirse, entregándose al coqueteo de la divorciada y empezaba ya a sentir la influencia que ella iba ejerciendo sobre él.

Desde luego, Didi, como mujer astuta que era no había dejado entrever claramente sus deseos y procuraba ir torciendo la voluntad de Franz con una suavidad extraordinaria, convencida de que por la violencia nada obtendría de él. Por fin una noche al terminar Franz su concierto y ver Didi que Constace no había ido al teatro, entró al camerino del artista y le dijo:

—Franz, ¿quieres invitarme esta noche a cenar?

—¿Y por qué precisamente esta noche?—le dijo Franz, sin comprender la intención de la que él consideraba una amiga suya.

—Porque vamos varios amigos y yo me he comprometido a llevarte.

—Mal hecho—respondió Franz.—Ya sabes que no acostumbro a cenar fuera de casa.

—Pero por una noche yo pensé que no te enfadarías... Además,

Constance no debe impedirte que cenas alguna vez con los amigos.

La intencionada frase de Didi produjo su efecto en Franz, que antes de dar a entender que estaba dominado por su mujer, prefirió aceptar la invitación respondiendo:

—Yo he sido siempre dueño de mis actos, así que acepto la invitación. Voy a avisar a Constance que no me espere.

Llamó por teléfono a su casa y se puso al habla con su mujer, diciéndole:

—Constance, tengo un gran compromiso con unos amigos y no podré ir contigo a cenar. Se trata de un negocio referente a un contrato y no puedo faltar.

Constance no dudó un instante de la sinceridad de su marido y dejó el aparato diciéndole a John que estaba allí:

—Era Franz, que dice que no puede venir a cenar.

—Pues entonces le propongo una cosa—le dijo John.

—Alguna locura suya—preguntó sonriendo Constance, ya que siempre le hacían gracia las ocurrencias del joven.

—Nada de locura — respondió John—. Se trata de la cosa más natural del mundo. Se trata de que también nosotros cenemos.

—Si no es nada más que eso, ahora mismo daré orden de que sirvan la cena — exclamó Constance.

Fué a llamar a un criado, pero John la detuvo diciéndole:

—No me ha entendido usted. No se trata de cenar aquí, si no en un restaurant. Volveremos en seguida, antes de que regrese Franz.

—Pero puede enfadarse — respondió Constance.

—No lo tema. Franz es un buen amigo mío y no se enfadará porque yo la invite a cenar.

Constance dudaba de aceptar la invitación de su amigo, mas ante su insistencia y en la convicción de que Franz no habría de tomarlo a ofensa, terminó diciéndole:

—Acepto, pero usted también tiene que aceptar las consecuencias si es que se molesta Franz.

—Aceptadas desde este instante — respondió John—. Vaya usted a vestirse, que yo la espero.

En menos de media hora, Constance quedó dispuesta para salir, y cogiéndose del brazo de John salieron hacia uno de los más concurridos y elegantes restaurantes de la ciudad.

Precisamente a este mismo restaurant había llevado también Didi a Franz y a sus amigos. Lo que menos esperaba el artista era en-



- He compuesto una
melodía que habla de
nuestro amor.



La música unía más
sus amores.



Franz leyó aquella
música con la que
Constance había
querido expresar
todo su amor.



Retiró los fondos
que tenía.



Mientras ella ponía toda su alma en aquella composición, él pensaba en la ausente.



Didí Smith, triunfaba en sociedad en su calidad de divorciada.



Brindaron por su
triunfo.



-No te desanimas.



- Se trata de un asunto muy importante.



- Le prometo visitarla.



- Acepto tu decisión.



Franz, sentía el latido
de aquella belleza.



- ¡No admito ninguna
imposición!



- Tú has tenido
la culpa.



A la mitad del
concierto...



Constance, pen-
saba en él.

contrarse allí con su esposa, y por lo mismo entró confiado al salón, sin preocuparse de nada.

Peor su asombro no fué pequeño cuando vió a John acompañado de Constance.

Esta, al ver a su marido, corrió a su lado y le dijo:

—¿Qué alegría me das!... ¿Te han dicho en casa que habíamos salido?

—No — respondió él—; vine aquí por casualidad con unos amigos.

—Entonces nos invitarás a cenar contigo—le dijo John.

—Lo siento — respondió Franz — pero yo ya he cenado.

Y no había terminado de asegurar esto cuando se le acercó un camarero y le dijo:

—Señor; se ha terminado el popáno... Deseñ otra cosa.

—No, gracias—respondió rápidamente Franz, mientras que su mujer le miraba extrañada, sin comprender por qué la había engañado, diciéndole que había cenado ya, sin ser verdad.

Mas la explicación la encontró en seguida, al ver llegar a Didi y a dos amigas suyas y cogerse del brazo de su marido, mientras le decía:

—Te estamos esperando.

Entonces se dieron cuenta de la presencia de Constance y Didi,

con toda la maldad propia de ella, exclamó:

—Perdone usted... No me había dado cuenta que había venido a buscar a su marido... Comprendo que he sido indiscreta.

—La indiscreta en este caso, aunque inconscientemente, he sido yo—respondió Constance roja de rabia y de celos—. Vine por casualidad, aun que desde luego no sabía que estuviese tan bien acompañado.

—Los grandes artistas siempre lo están—le respondió Didi—. Fíjese en usted misma.

Constance quiso adivinar lo que quería decirle con aquellas intencionadas palabras y esperó a que su marido la defendiera. Viendo que éste no lo hacía se cogió nuevamente del brazo de John y le dijo:

—John, quiere usted acompañarme a casa.

—Con mucho gusto—respondió el muchacho—; pero creo que sería mejor que cenáramos todos juntos.

—Si no viene me iré yo sola — respondió Constance, dirigiéndose al guardarropa para recoger su abrigo.

John la siguió inmediatamente, sin que Franz hiciera la menor intención de detenerla, ni de irse con ella.

La situación de Franz era por demás delicada. Por un lado su mujer y por otra el compromiso adquirido con Didi y sus amigos. Comprendía que su mujer tenía razón, que él debía haberse marchado con ella, pero un puntillo de amor propio, el que no pudieran creer que él estaba dominado por su esposa, lo retuvo allí.

Didi, que en estos asuntos se pasaba de lista, adivinó inmediatamente la lucha que sostenía interiormente el artista y le dijo:

—Yo creo que has hecho mal en quedarte, Franz.

—¿Por qué?—preguntó él extrañado y sin adivinar el juego de la coqueta.

—Pues porque debías haberte marchado con tu esposa.

—¿Quieres que me vaya?—le preguntó él, sintiendo hasta ciertos celos, por creer que Didi quería prescindir de él.

—No—le dijo ella—. Mi gusto es que estés entre nosotros, pero te aprecio y no quiero que por mi culpa puedas tener ningún disgusto con tu mujer.

Franz se encogió de hombros, como indicándole que nada le importaba, y Didi le dijo de nuevo:

—Yo sé lo que es el matrimonio, porque, desgraciadamente, he estado casada con un hombre que era tan celoso como lo es tu mu-

jer, un hombre que se creía que el matrimonio era una esclavitud y que no se podía vivir con la independencia que exige hoy la vida, por eso me divorcié y por eso te digo que debes marcharte, antes que tengas que sufrir el arrebato de celos de Constance.

Pero Franz seguía sin darse cuenta de la doblez de aquella mujer. Solamente comprendía en aquel momento que él no debía someterse a la voluntad de su esposa y que por algo era el marido. Todos estos razonamientos se los hizo mentalmente, y al fin le respondió a Didi:

—Me importa poco lo que pueda pensar Constance. Dices bien, cada uno tiene derecho a vivir su vida sin tener que estar constantemente vigilado. Yo soy dueño de mis actos y haré cuanto se me antoje. Vamos a cenar. Olvidemos este incidente y no pensemos más que en divertirnos.

Mas, a pesar de este desco, Franz no podía divertirse. Hacía esfuerzos por aparecer alegre, y Didi que lo observaba detenidamente, pudo darse cuenta de que Franz se aburría soberanamente y estaba deseando que se acabase aquella cena para ir a su casa y reconciliarse con Constance.

Pero como lo que a ella le interesaba era que esta reconcilia-

ción no se realizase, buscó mil pretextos para alargar la velada y conseguir que Franz estuviera con ellos.

Se valió de sus mismos amigos para hacer que Franz no pudiera marcharse, y mientras él luchaba por zafarse de aquella reunión, Constance llegaba a su casa y se arrojó sobre un sofá, llorando amargamente.

John se acercó a ella y cariñosamente la dijo, como si fuera un hermano mayor.

—No llore, Constance.

—¿Cree usted que no tengo motivos sobrados para ello?—le preguntó la muchacha.

—No, Constance—le dijo él—. Franz no ha querido hacer nada que pudiera ofenderla.

—¿Por qué trató de engañarme?—preguntó ella.

—Precisamente para evitarla a usted un mal rato. Esa es la mayor prueba de su cariño. Además, debe usted comprender que Franz es un artista y no puede hacer una vida de anacoreta: tiene que exhibirse, tiene que tener amigos, que salir con ellos, darse a conocer.

—¿Y ha de ser precisamente con Didi?

—Con Didi o con los que sean—le dijo John—. Ellos son los que le aplauden, los que lo elevan. Hoy en día el arte, por sí mismo, no se

abre camino, necesita quien lo proteja y desgraciado del artista que no cuente con esta protección.

Mas, por muchos esfuerzos y razonamientos que hizo John, Constance estaba inconsolable, y no había medio de convencerla de la infidelidad de Franz. Y cuando la creyó más tranquilo la dijo:

—Bueno, ahora me voy. Creo que Franz vendrá en seguida y no deben tener ustedes testigos para la reconciliación.

Aquella noche Constance la pasó toda en vela, esperando la llegada de su marido, pero las primeras luces del día se hicieron y Franz no había regresado aún.

La infidelidad de su marido no podía ser más manifiesta y Constance, que se lo hubiera perdonado todo, no estaba dispuesta a perdonarle lo único que le era imposible. No quería retener a su marido a la fuerza. Comprendía que él empezaba a cansarse de aquella vida monótona del hogar y que buscaba en el amor de otras mujeres, lo que ella no había sabido darle.

Por fin llegó Franz y fue en busca de su mujer, para hacer las paces con ella. La encontró haciendo sus maletas y le preguntó sorprendido:

—¿Qué haces?

—Me marcho—le dijo ella—.

Te dejas toda la libertad que necesitas.

Franz intentó abrazarla, pero ella le rehusó enérgicamente diciéndole:

—Es inútil que hagas nada, Franz. Me has engañado y he comprendido que no eres feliz a mi lado. Yo no puedo ser un obstáculo para que tú seas dichoso y prefiero irme.

—¿Eso quiere decir que no me amas?—le preguntó su esposo.

Constance le miró indignada y le dijo:

—No te rías de lo que es el amor. ¿Acaso sabes tú lo que es eso? Para ti el amor es simplemente un egoísmo, pero esto se ha acabado y me marchó.

—¿Y si yo te suplico que te quedes, lo harás?

—Será inútil—respondió ella—. He tomado mi resolución y nadie me hará desistir de ella. Estoy dispuesta a marcharme; tú puedes quedarte con tus glorias y tus amores. Aun te tengo que agradecer el tiempo que he sido tan feliz contigo.

Franz no abandonó su propósito de reconciliarse con ella, y la dijo nuevamente, poniendo en sus palabras toda la sinceridad que sentía en aquellos momentos:

—Constance, créeme. Haces mal

en decir eso. Tú debes estar convencida de que te quiero, de que eres la única mujer a quien he querido y a quien querré. Comprendo toda la razón que te asiste para estar enfadada, pero no debes llevar tu enfado hasta un extremo que luego no tenga remedio.

—Es inútil—insistió ella—. He tomado mi resolución y no la abandonaré.

Nuevamente Franz intentó abrazarla, y le dijo:

—Constance, yo te juro que estás engañada. Entre esa mujer y yo no existe nada que pueda ofenderte. Somos solamente unos amigos que se han reunido a cenar, pero sin más intención que esa. Comprendo que a veces un hombre puede cometer una falta, pero también la mujer debe ser magnánima y debe saber perdonarlo. Desde hoy vendrás conmigo al teatro, no te separarás de mi lado, estaremos siempre juntos y no habrá amigo, ni nadie, que pueda interponerse entre nosotros. Te dedicaré toda mi vida.

Pero en aquellos momentos Constance se hallaba poseída de tal modo por los celos que no pensaba en nada. Era el mismo amor que sentía por Franz el que la hacía obrar de aquella manera. Tal vez si no le hubiera amado tanto

no habría sentido con tanta fuerza lo que había ocurrido en el restaurant, pero era que su corazón sufría dolorosamente y necesitaba un desahogo y lo mismo que lo hubiera hecho llorando, lo hacía con aquella venganza que ella creía la más justa. Rechazó cuantas protestas de amor le hizo su esposo y terminó diciéndole:

—Ya te he dicho que no quiero ser un estorbo para tu carrera. Tú tienes tus admiradoras y ellas te comprenden y las comprendes mejor que nos comprendemos nos-

otros... ¿Para qué seguir una vida que a nada puede conducirnos? Sigue tú en tu ambiente, que yo seguiré mi vida, sin necesidad que tengas que preocuparte de mí para nada.

Y mientras hablaba, seguía haciendo sus maletas, sin atender a las palabras de su marido que quería convencerla.

Y ni las súplicas de Franz, ni sus protestas de amor hicieron desistír a Constance de su propósito y aquel mismo día abandonó su casa, dejando a su marido.

EL DIVORCIO

Constance, a partir de aquel día, sintió que la vida no tenía objeto para ella. Había sacrificado toda su existencia por el amor de aquel hombre y al tenerlo junto a ella se consideraba absolutamente sola. La única satisfacción que le quedaba era el afecto de Talma y la buena amistad de John, que no se separaba de su lado ni un instante.

Así fueron transcurriendo las semanas y el tiempo necesario para que los trámites del divorcio pudieran llevar su curso, hasta que al fin se celebró el juicio y los dos esposos quedaron definitivamente separados.

Franz no opuso la menor resistencia a estos deseos de su mujer. Los consideraba justificados y se

sometía a la voluntad de ella, procurando de esta forma poder reconquistar de nuevo aquel amor que era para él imprescindible y que no había sabido conservar.

El pobre viejo Talma sufría con aquella separación. Comprendía que aquellos dos corazones habían nacido para amarse, y que no podrían vivir el uno sin el otro, y por lo mismo le dijo a Constance:

—Creo, hija mía, que habéis hecho una locura.

—¿No cree usted que así es mejor? —preguntó ella—. Ahora Franz no tendrá que ocuparse ni un solo momento de mí.

—¿Y crees que él podrá hacerlo? Tú eres para él el único amor de su vida, yo sé que te ama y sé también que tú le amas a él. Los

dos habéis antepuesto vuestro orgullo y vuestra vanidad al verdadero sentimiento que auida en vuestros corazones y me temo que ha de llegar un día en que os pese lo que habéis hecho.

—Poco le importa eso a él—respondió Constance con un aire de cierto despecho.

—¿Lo sabes bien?—le interrogó irónicamente el maestro.

—La prueba la ha tenido usted en las facilidades que ha dado para el divorcio.

—¿Y eso te prueba de que Franz no te ama?—preguntó otra vez el profesor.

—Por lo menos denota que no le interesa mucho—respondió ella.

—Si me hubiese amado habría puesto impedimentos para no perderme.

El viejo sonrió bondadosamente y acariciando a la joven la dijo paternamente:

—Parece mentira que ames tanto y conozcas tan poco las cosas del amor. Si Franz no ha opuesto ningún inconveniente al divorcio ha sido precisamente para dejarte que tú eligieras el camino que crees ha de hacerte más feliz. No ha sido por librarse de ti, no, ha sido solamente porque no fueses a creer que era un egoísta, que sólo lo pensaba en él, sin acordarse de los demás.

Constance calló sin saber qué responder. Le constaba que su maestro le hablaba con el corazón en la mano y que en sus palabras no podía sospechar la menor doblez. El viejo continuó diciéndole:

—Créeme, él te ama y desde ahora su vida será un infierno. Le conozco bien, y sé que es demasiado orgulloso para implorarle un amor que se cree con derecho a tenerlo. Preferiría morirse antes que tú sepas que se muere por ti.

Ella sonrió, sin dar mucho crédito a estas últimas palabras y le respondió:

—Ya verá usted cómo esta vez se equivoca.

Pero desde su separación con Constance, se sintió dominado por una tristeza y una añoranza que no le dejaba ni tiempo para estudiar. Empezó a sentirse sin fuerzas ni deseo para seguir dando sus conciertos y su maestro Talma, teniendo por la salud de su discípulo le dijo:

—Yo creo que lo mejor que podías hacer es dar un viaje por Europa... Cambia de ambiente y tal vez consigas olvidar algo.

Pero Franz se resistía a seguir este razonable consejo. Se creía que cuando más cerca estuviese de Constance menos sufriría su separación y le respondió:

—Querido maestro. Cuanto ha-

ga por olvidarla será inútil. Sigo amando a Constance como el primer día, comprendo que no puedo vivir sin ella y no quiero alejarme de donde ella viva.

El maestro lo miró compasivo. Le daba lástima el estado en que se encontraba su alumno, y le dijo:

—Habéis sido unos locos y estáis pagando las consecuencias. Sin que vosotros os lo hayáis propuesto os habéis destrozado vuestros corazones y no tenéis ni el suficiente valor para remediar el daño que mutuamente os habéis hecho.

Franz miró a su maestro, sin comprender lo que quería decirle y éste le explicó:

—Si tanto amas a Constance, ¿por qué no te opusiste a su divorcio?

No debía hacerlo—le respondió Franz—. El amor no se debe encadenar. El amor debe ser libre, absolutamente dueño de hacer su voluntad, sin que haya que esforzarse... Acaso con oponerme yo al divorcio hubiera conseguido que Constance me amase más. Todo habría sido inútil y lo único que hubiera logrado habría sido que me odiase. De esta forma por lo menos me tiene que agradecer la buena disposición que ha encontrado en mí.

—O tal vez ella sospeche que no la quieres, cuando tantas facilidades has dado—le respondió el maestro, pensando en la conversación que había tenido con su esposa.

—Pero eso ahora ya no tiene remedio—siguió diciéndole—; ahora lo importante es que acabes con esa añoranza que no te deja vivir. Nos iremos a Europa, recorreremos todos los sitios que puedan hacerte olvidar a Constance y ya verás cómo dentro de poco serás otro hombre completamente nuevo. Hazme caso, sigue mi consejo y ya verás cómo al final me das la razón. Piensa un poco en ti y en tu arte que estás abandonando.

Franz comprendió que su maestro llevaba razón y aceptó su consejo, saliendo poco después para Europa, después de haber reacindido todos los compromisos que había adquirido con anterioridad.

Esta marcha de Franz fue un motivo más para que Constance adquiriera la certeza de que su antiguo marido pretendía olvidarla y se sintió más abandonada que nunca. La confió sus pensamientos a John y éste le dijo:

—Franz no sabrá nunca lo que se ha perdido. Usted es una mujer incomparable.

Constance sonrió bondadosamente y John siguió diciéndole:

Habría muchos hombres que se considerarían eternamente dichosos si pudieran conquistar su amor. Hasta se me está ocurriendo una cosa, el que nos casaremos nosotros.

—Eso es imposible—respondió Constance—. Usted es un buen amigo mío, pero nada más.

—Sin embargo, yo sabría hacerme amar de usted. Si supiera cuanto envidié a Franz cuando le conocí. Comprendí que usted era una mujer capaz de realizar la dicha de cualquier hombre. La amé desde entonces, pero jamás quise decírselo para no ofender la amistad de Franz. Ahora es usted libre, ya no se interpone entre nosotros la sombra de nadie... Pruebe usted y olvide todo lo pasado.

—¿Cree usted que es fácil olvidar cuando se tuvo confianza ciega en un amor?—preguntó Constance.

—Sí, lo creo—respondió John.—Tengo tanta seguridad en mi amor, que creo que con él podré hacerla olvidar el otro.

Pero Constance no cedió en aquella ocasión a las pretensiones de John, quien no abandonó, sin embargo, su idea, y siguió insistiendo para que se realizase

aquel casamiento en el que había puesto todas sus esperanzas.

Constance, desde luego, comprendía la sinceridad de los sentimientos de John, pero temía una nueva desilusión, pensaba que el segundo experimento podía ser tan doloroso como el primero, y que por lo mismo era mejor rehusarlo. Le hizo ver todos estos inconvenientes, pero él no se amilanó por ellos y siguió insistiendo diciéndole:

—Hágame caso, Constance. Yo le ofrezco a usted un amor leal y sincero. No es la ilusión de un primer encuentro lo que me lleva a usted; es un cariño de hace mucho tiempo, un cariño mucho más grande, puesto que lo he sentido y lo he alimentado en silencio. La creí siempre a usted una mujer imposible, sabía el amor que profesaba a Franz y jamás me hubiera atrevido a insinuarle mi pasión si no hubiera llegado este momento, en que los dos se encuentran en plena libertad.

Constance se daba cuenta de la nobleza de John y la apreciaba en todo lo que valía, pero por su parte no estaba dispuesta a sufrir un nuevo desengaño y temía comprometerse de nuevo.

Por esta razón le dijo:

—John, es inútil que usted insista. Será mejor que sigamos

siendo buenos amigos y tal vez llegue un día en que yo comprenda que esa boda puede realizarse.

Y John, siguiendo el deseo de Constance, fué desde aquel día su amigo inseparable. Se los veía siempre juntos en los paseos, en los restaurantes de lujo, en los teatros, en todas partes donde estaba Constance, se podía asegurar que también estaba John.

Algunas veces el joven intentó insistir en sus pretensiones amorosas, y ella lo detuvo diciéndole:

—Silencio, John. Acuérdesse que me prometió ser un buen amigo mío, pero no hacerme el amor.

John protestaba de aquella orden y respondía con aire de sumisión:

—Constance, si no la conociera, si no supiera que es usted incapaz de hacer daño a nadie, creería que juega usted con mi amor y que goza haciéndome sufrir.

Ella le miró seriamente y le respondió:

—Usted no puede pensar eso de mí. Le aprecio mucho más de lo que usted cree, hasta a veces me pienso que no podría estar sin su compañía.

—Entonces, ¿por qué se niega usted a mis pretensiones?—insistió él.

—Ya se lo dije: porque tengo miedo. No me creo, además, cu-

rada del todo del otro amor y no le podría ofrecer un corazón completamente libre.

—Pero yo sabré comprenderla—le contestó John—. Yo sabré respetar ese recuerdo y con mi cariño haré que vaya desapareciendo. Estoy seguro que un amor como el mío puede hacer eso.

—Muy seguro parece usted—le dijo ella sonriendo.

—Completamente seguro—exclamó él con la convicción del que se cree capaz de cumplir lo que promete.

Y ante tanta insistencia, ante el cariño que Constance sentía por John, aunque hasta entonces había sido solamente un afecto de amigos, terminó diciéndole:

—John, yo no le amo a usted como usted desea. Siempre le quise como un buen amigo mío, pero desde ahora intentaré amarlo como usted quiere y nos casaremos. Intentaremos esa prueba que usted me propone y procuraré encontrar en esta boda esa felicidad que creí hallaría en la otra.

Y de esta forma quedó concertado el casamiento entre Constance y John, sin que ninguno de los dos supieran nada de lo que hacía Franz en aquellos días. Este se había dedicado, acompañado de su maestro, a recorrer casi toda Europa. Durante su estancia en

ella le había salido ventajosos contratos, pero Franz los había rehusado siempre, sin encontrarse con fuerzas para poder dominar la nerviosidad que desde el día de su separación de Constance se había apoderado de él. Echaba de menos, más que nunca, el amor de la joven y pensaba que había sido un loco permitiéndole la separación. Su mismo maestro se lo había dicho muchas veces.

—Has sido un tonto—le dijo.
—No debíste dejarla marchar.

—Pero si se lo rogué y no me hizo caso—respondió Franz.

—No debiste rogárselo, sino impedirselo. Los primeros momentos son siempre los peores, pero luego se recapacita y lo que se hubiera hecho en un minuto no se hace después en toda la vida.

Comprendía Franz cuánta razón tenía su maestro, pero desgraciadamente ya no tenía remedio. Entre él y Constance todo había terminado y solamente vivía el recuerdo de aquel amor que no podía arrancarse de su corazón, haciéndole la vida imposible.

Y esta situación desesperada moralmente, en estado de decaimiento y de abandono, Franz y su maestro tuvieron necesidad de volver nuevamente a América para reanudar sus actividades artísticas.

El pequeño capital de Franz se agotaba y era preciso reponerlo nuevamente, cumpliendo los contratos que había aceptado con varios teatros, entre ellos el Metropolitano de Nueva York.

La noche de su reaparición ante el público, se hallaba Constance en un aristocrático bar, cuando entró casualmente Franz; al verla no pudo impedir que su corazón lo llevase donde estaba ella y le dijo apasionadamente:

—Constance, por fin vuelvo a verte.

—Hola, Franz—exclamó ella fingiendo una gran indiferencia—. Creí que estabas todavía en Europa.

—No te has enterado por los periódicos que he vuelto.

—Hace tiempo que no leo ningún periódico—respondió ella—. No tengo tiempo para ello, me acuesto muy tarde y apenas me levanto me pongo a trabajar.

—¿Has escrito muchas obras?
—preguntó él.

—Pocas; apenas si me deja tiempo John para escribir.

—Sigue siendo amigo tuyo—preguntó otra vez Franz.

—Vamos a casarnos dentro de poco—le dijo Constance.

Franz sintió como si recibiera una herida en mitad del pecho y

haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para aparecer sereno le dijo:

Siempre tuve a John por un buen amigo, pero veo que también la amistad es falsa. Lo que menos podía pensar es que John se aprovechara de nuestro divorcio para robarme tu amor.

Constance le miró extrañada de oírle hablar de aquella forma y le dijo:

—No tienes derecho a pensar así de John.

—¿Le defiendes? — preguntó con indignación Franz.

—No le defiendo, pero le hago justicia—exclamó la joven—. ¿Qué es lo que puedes decir de John?... El ha sabido callar su amor, mientras yo he sido tu mujer, sin que ni una sola vez haya dejado escapar el secreto que mantenía en su corazón. Después ha sido el amigo fiel que ha insistido constantemente para que no me divorciara y solamente cuando ha visto que nuestras relaciones matrimoniales eran ya imposibles es cuando me ha confesado que me amaba.

Franz bajó la cabeza sin saber qué responder a las palabras de su antigua mujer y ésta siguió diciéndole:

—Ningún rencor debes guardar a John, porque yo mejor que nadie sé lo mucho que te quiere y te ha querido siempre. Pocos ami-

gos tendrás en tu vida que sepan apreciar tu amistad como él.

Franz quiso aún atacar a John y exclamó:

—Cualquiera hace caso de los sentimientos de un chiquillo. John no es otra cosa que un chiquillo.

—Tal vez sea verdad, pero siempre es mejor tratar con un chiquillo, que puedes confiar en él, que con un hombre a quien la experiencia cree darle el derecho de ser el único que ha de imponer su voluntad. Con John estoy segura que no ocurrirá esto.

—¿Por qué?—preguntó Franz.

—Porque John me ha demostrado amarme demasiado.

—Yo también te lo he demostrado y no me haces caso, aunque sé que no es verdad todo lo que me estás diciendo.

Hizo una breve pausa y luego, como quien trata de convencer a otra persona de un grave error, le dijo:

—Constance, creo que te equivocas. Tú no puedes amar a John.

—¿Por qué?—preguntó ella con ironía—. ¿Acaso no soy libre de amar a quien quiera?

—Sí, pero tu corazón no lo es. Yo presiento que me amas, tanto como yo te amo a ti...

Constance se echó a reír y exclamó:

—Aquellos tiempos ya pasaron,

Franz... Ahora no pienso lo mismo. Estoy dispuesta a triunfar, a que los hombres me adulen también... Todos tenemos derecho a vivir nuestra propia vida.

—¿Y John está dispuesto a consentir todo eso?

—Fue mi condición, que él aceptó. John me ama mucho.

Franz no insistió más y Constance, antes de marcharse, le dijo:

—Trabajas esta noche.

—Sí—respondió Franz—. Esta noche doy mi primer concierto.

—Pues si no tengo mucho que hacer, procuraré ir a aplaudirte... Ya ves como no te guardo rencor.

Salió del bar y tomó el primer taxi que encontró, sintiéndose sin fuerzas para resistir más tiempo aquella situación violenta que había fingido. La presencia de Franz había vuelto a abrir la herida que durante tanto tiempo le había hecho en el corazón y solamente una vanidad, muy justa en su caso, la hacía sobreponerse y afirmarse en la idea de seguir alejada del artista.

Sin embargo, Franz no tenía la misma fuerza de voluntad que ella. Después de aquella conversación, tuvo el pleno convencimiento de que Constance no volvería a amarlo nunca más. Sintió una desesperación íntima tan grande, que quie-

so ahogarla en la bebida, para olvidar de una vez.

Inconscientemente, sin darse cuenta de que se acercaba la hora del concierto, fué bebiendo sin tasa y cuando subió al escenario, estaba en un estado de embriaguez que no se daba cuenta de nada.

Empuñó la batuta e hizo un esfuerzo mental extraordinario para sobreponerse al estado en que se hallaba. Comprendió que era preciso no delatarse y dió la orden de empezar.

Los músicos le miraban extrañados de las dificultades que encontraba el maestro al dirigir y gracias a la pericia de ellos el público no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Mas de pronto, Franz vió entrar a Constance y toda la serenidad que hasta entonces había conseguido mantener desapareció y sintió que un sudor frío inundaba su frente.

Constance, sin darse cuenta de nada, ocupó una de las primeras butacas y se dispuso desde allí a seguir de cerca el concierto. Pero su pensamiento no respondió a la realidad de los hechos, ya que Franz sintió que las fuerzas le abandonaban, empezó a darle vueltas todo cuanto ante él había, hasta que perdió finalmente el cono-

cimiento y cayó al suelo desvanecido.

En el público se produjo un movimiento de sorpresa y sobresalto. Nadie sabía a qué achacar aquel desmayo y entre varios músicos cogieron al director y se lo llevaron al mismo despacho del empresario para auxiliarse.

Constance, por su parte, tampoco pudo contenerse. Volvía a ella el amor que tanto tiempo tuvo a aquel hombre y corrió para saber qué era lo que tenía. Cuando entró al despacho, encontró a Franz rodeado de sus amigos y a un doctor que lo examinaba detenidamente y decía:

—Ha debido sufrir una gran emoción... No me explico de otra forma este desvanecimiento, ya que se trata de una naturaleza fuerte.

Le dio a oler un excitante y poco a poco Franz abrió los ojos y comenzó a darse cuenta de lo que le pasaba. Por fin, vuelto de lleno a la realidad se incorporó sobre sí mismo y al ver a Constante la dijo:

—¿Qué haces aquí...? ¿No comprendes que eres tú la causante de todo cuanto me ocurre?... ¿Vienes a recrearte en tu obra?...

Constance intentó acariciarle, decirle que todo lo que le había dicho horas antes no era cierto,

que al que seguía queriendo era a él todavía y le dijo:

—Franz, cálmate. Yo te explicaré.

—No tienes que explicarme nada... Todo me lo has dicho ya esta noche... ¿Qué más me puedes decir?

El médico no conocía a Constance y preguntó a Talma que estaba con ellos:

—¿Quién es esta joven?

—Es su antigua esposa—le dijo el maestro.

—¿Están divorciados?—preguntó nuevamente, adivinando algo de lo que le había ocurrido a Franz.

—Sí—respondió el maestro—. Hace tiempo que se separaron, pero Franz sigue amándola cada día más.

—Entonces—le volvió a decir el facultativo—creo que la causa del desmayo del enfermo ha debido ser la presencia de ella; yo creo que lo mejor es que se retire.

Franz había vuelto a quedar en un estado de postración que lo hacía insensible, y el viejo Talma llamó a Constance y le dijo:

—Creo que debías marcharte, Constance.

—¿Por qué?—interrogó ella—. Franz puede necesitarme.

—Si te necesitas te llamaría en seguida, pero ahora tu presencia es contraproducente. Si recobra el

conocimiento otra vez y te ve delante puede sobrevenirle otro ataque de nervios y ya sería peor. Por su bien debes hacerme caso.

Constance dirigió una última mirada a Franz y salió de la sala, con el pecho compungido por la pena que sentía al verse arrojada de aquella forma del lado del que fué su esposo y del hombre que, no lo podía negar, seguía amando, a pesar de todo cuanto había pasado entre ellos.

Todos miraron extrañados a Constance y ésta, dolorida por el tono con que le hablaba su marido, no quiso siquiera responderle y salió del teatro, con el corazón desgarrado por su infortunio y llorando por la desventura de que era objeto.

Y solamente horas después, cuando estuvo al lado de John, encontró un consuelo en las palabras amorosas del joven, que cada día estaba más enamorado de ella.

La robusta naturaleza de Franz venció prontamente el mal y a los pocos días se hallaba ya fuera de cuidado y en plena convalecencia.

Su maestro Talma procuró cuidadosamente no suscitar ante él ninguna vez la conversación sobre Constance, para evitar que Franz pudiera nuevamente alterarse. Mas así y todo un día le preguntó Franz:

—¿Y Constance no ha venido a preguntar por mí?

El maestro no supo mentirle y le respondió:

—No, tal vez no esté en Nueva York.

—Tengo el presentimiento que está, pero que es John quien no la deja.

—No creas eso, Franz—respondió el profesor—. Ya comprenderás que después de las cosas que le dijiste ninguna mujer que estima en algo su amor propio se atrevería a venir.

Franz calló, sin responder, y el maestro siguió diciéndole:

—Además, yo le dije que mientras estuvieras enfermo no debía venir.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Franz.

—Pues porque quería evitarte una recaída.

Franz se encogió de hombros y le respondió con indiferencia:

—Para lo que necesito yo la vida. Antes luchaba por el ideal de la gloria y llegué donde soñaba; luego fué otro ideal el que sostuvo la llama de mi ilusión: fué Constance, y ésta ha huido de mi lado y ya nada puedo esperar de ella. ¿Qué me puede entonces ofrecer la vida? La detesto y la aborrezco.

Talma le miró algo asustado y

le reprochó aquellas palabras diciéndole:

—No debes hablar así de la vida. Es cierto que tú has luchado, pero la vida te ha recompensado espléndidamente. Es el primer contratamiento que tienes y no sabes sobreponerte a él.

—¿Usted cree que es posible?— preguntó irónicamente Franz—. ¿Usted cree que es posible poder olvidar a una mujer, cuando se la ha amado como yo y se sabe que va a ser de otro? Cada vez que pienso en eso me dan ganas de hacer una locura.

El profesor le miró asustado y le dijo:

—No seas niño, Franz. Debes imponerte a ti mismo y procurar la paz que tanta falta te hace. A penas hemos llegado a Nueva York y tu primer concierto ya has visto que ha sido un fracaso, si no económico, si artístico... Esto no debe suceder más.

Pero volvió a suceder otra vez y ésta sin causa que lo justificase. Franz acudía a los ensayos borracho perdido, y los músicos empezaban a darse cuenta de que el director seguía una pendiente que muy pronto lo llevaría al precipicio. Mas, su carácter que se había exacerbado últimamente, hacía imposible darle ningún consejo, y

Franz seguía buscando en la bebida un olvido para su dolor.

El primer concierto que dió, después de haber recobrado la salud, causó gran extrañeza en todos los presentes. Aquel hombre no era el Franz Roberti que todos habían conocido; pero, sin embargo, los más incondicionales le aplaudieron, esperando que otra noche se desquitaría de aquel descalabro.

Mas, al siguiente concierto, el fracaso fué mayor, y ya ni sus mismos amigos íntimos se atrevieron a aplaudir.

Cuando Franz abandonó la orquesta el empresario lo llamó a su despacho y le dijo:

—Franz, eso no puede continuar. Ya ha visto usted el fracaso que ha tenido esta noche, y el público le ha demostrado su descontento.

—El público no entiende de música—le respondió Franz, aun todavía bajo los efectos del alcohol.

—El público no entenderá de música, pero lo cierto es que desde que ha regresado de Europa no ha venido usted una sola vez al teatro que no haya sido embriagado, y si esto continúa tendré que ver la forma de sustituirlo, aunque tenga que darle una indemnización...

Franz se sintió herido en su or-

gullo. Era aquella la primera vez que un empresario se atrevía a hablarle de aquella forma, y exclamó indignado:

—Yo no necesito su indemnización para nada. Puede usted guardársela, pero yo no tocaré más en su teatro.

—Será un nuevo favor que tendré que agradecerle—le respondió el empresario, dándole a entender que había terminado la entrevista.

Cuando salió del despacho se encontró con Talma y le dijo:

Ya no trabajo más aquí.

—Ya he visto que el público se ha metido contigo, sin respeto alguno.

—Si no fuera más que el público, me importaría poco—respondió Franz—; pero es que hasta el empresario se ha creído con derecho para molestarme, diciéndome que rescindiría el contrato.

—¿Y qué le has dicho?—preguntó Talma.

—Le he dicho que por mi parte lo daba por rescindido.

—Mal hecho—exclamó el viejo maestro—. Eso no debiste hacerlo nunca.

—¿Acaso podía consentir que me ofendiera de la forma que lo

hacía? Contratos no han de fallarme tantos como quiera.

El profesor sonrió tristemente, pensando en el descontento que tenía Franz de la vida. Aun no sabía lo que era sufrir el calvario de luchar por una gloria que nunca llegaba. A él le había sido fácil relativamente el triunfo y le parecía que podía contenerlo a su voluntad y capricho.

Y lo más lamentable del caso era que este triunfo no huía de Franz por falta de facultades, sino porque la maldita bebida cerraba su inteligencia y no le dejaba ni siquiera estudiar.

Talma, queriendo atraerlo al buen camino, le dijo:

—Franz, todo esto es consecuencia de la bebida; debes dejar de beber. De lo contrario estás perdido y no habrá quien pueda salvarte. Todo el mundo empieza ya a hablar de tus borracheras, y es como un reguero de pólvora que avisa a los empresarios para que no te contraten.

Pero Franz no le hizo caso. No podía atender aquel razonamiento, ya que buscaba siempre olvidar y solamente lo conseguía cuando estaba en un estado de plena embriaguez e inconsciencia.

EL DESCENSO

Desde aquel día Franz fué un hombre completamente distinto. Dejó de ser el artista consagrado a su arte y un relajamiento moral se apoderó de él, abandonando cuantos compromisos había contraído. Los empresarios empezaron a olvidarse de él, después de habrese convencido de que era imposible contar con Franz para nada y nuevos valores vinieron a reemplazarlo.

Franz, entretanto, sin darse cuenta de su descenso, seguía aquel desnivel de su vida con una rapidéz asombrosa.

Llegó a ser un borracho eterno y jamás podía hablarse con él una hora fresco.

Buscaba en la bebida el olvido que necesitaba para su amor, y los

amigos empezaron a apartarse de su lado y fué quedándose materialmente solo.

Parecía imposible que un hombre pudiera llegar, en tan corto espacio de tiempo, a la situación en que Franz había llegado.

Sus recursos comenzaron a agotarse, recurrió a los amigos que le quedaban, pero, como decimos, pronto le volvieron la espalda y se encontró sin más compañero que su viejo maestro, que seguía siéndole tan fiel como en los primeros años de su carrera.

Franz Riberti había desaparecido y en su lugar quedaba aquel pobre diablo al que solamente podía encontrarse en las tabernas y lugares de bebida en que se reunía lo más bajo de la ciudad.

Su aspecto exterior era también doloroso. El que había sido un modelo de elegancia y distinción, se había abandonado de tal forma que resultaba casi imposible poderlo reconocer. El rostro, poblado de una barba espesa y descuidada, la ropa maltrecha y su mirada de ser inconsciente, dándole un aspecto doloroso para quien lo había conocido y para los que le veían de nuevo, se les ofrecía como el tipo del borracho habitual que sólo tiene dinero para el alcohol. Mas lo más extraño de todo es que todo este descenso se había realizado en el pequeño transcurso de un mes, y ni siquiera se había dado cuenta de ello Constance.

Esta, desde la noche en que Franz la había arrojado del teatro tan despiadadamente, no había vuelto a saber nada de Franz. John, para evitarle el dolor que había de causarle el saber la situación de su antiguo marido, había procurado no decirle nada y vivía la joven en una plena ignorancia de cuanto le ocurría a Franz.

El viejo maestro Talma había recurrido a todos los procedimientos para arrancar a Franz de aquel ambiente en que se había introducido y por más esfuerzos que hacía comprendía que era imposible

arrancarlo de aquella situación. Con gran dolor veía como iba descendiendo su alumno favorito y veía también que solamente había un medio para que éste pudiera volver a ser el de siempre; pero este recurso era casi imposible. Este recurso era únicamente el amor de Constance y ésta estaba ya a punto de contraer matrimonio con John.

Pero el amor que sentía por su discípulo fué mucho mayor que su discreción y una tarde dejó a Franz completamente embriagado sobre la mesa de un bar y se fué en busca de Constance.

Esta, al verlo entrar, no pudo contener su alegría y corrió a sus brazos diciéndole:

—¡Por fin se ha decidido usted a venir a verme!

—Sí, Constance—respondió él—. He creído que era mi deber venir y por eso lo hago.

—Pues yo creí que lo hacía usted por cariño... Acaso ya no me quiere.

—Siempre te he querido como si fueses una hija mía, y te seguiré queriendo.

—Eso quiere decir que vendrá usted a mi boda.

—A tu boda—preguntó el maestro, condolido—. ¿Cuándo te casarás?

—Dentro de cinco días—respondió ella—. John hubiera querido que fuese antes, pero habíamos señalado esta fecha y quiero que sea esa precisamente. Hemos de principiar siendo formales.

El maestro la miró amorosamente y le preguntó:

—¿Y crees que podrá ser feliz con esa boda, Constance?

—Por lo menos procuraré serlo...

—Dices que lo procurarás, que es tanto como decir que no estás segura de serlo.

—Nadie está segura de lo que va a pasar hasta que ocurren las cosas. A veces no hay cosa peor que tener ilusiones. Yo las tuve y ya ve usted qué resultado me dieron.

—Te equivocas, Constance—le dijo el maestro—. Franz no dejó un solo momento de amarte. El mismo día que tú te fuiste de su casa vino llorando a la mía, diciéndome que no podía vivir sin ti. Para olvidarte nos fuimos a Europa, pero allí todas las cosas le hablaban de ti y fué todavía peor. Volvimos a América, convencidos de que una vida de plena actividad lo libraría de tu recuerdo, pero también fué inútil. Nada ni nadie ha podido borrar de su imaginación ni arrancar de su corazón el

amor que Franz te ha tenido siempre.

Constance oía al maestro y no se atrevía a interrumpirlo. Sabía que Talma era incapaz de mentirla, que jamás se hubiera prestado a un engaño, de no estar seguro de lo que la decía.

Talma siguió diciéndole:

—Si vieras a Franz estoy seguro que te condolerías de él. No es ni una sombra de lo que fué... No le reconocerías si le vieras.

—¿No se puso bueno?—preguntó con cierta angustia Constance.

—Mejor hubiera sido. De esta manera no habría llegado a la situación en que se encuentra.

—¿Qué le pasa?—preguntó alarmada Constance, sin poder ocultar el amor que aún sentía por él.

—Ha caído en el vicio más bochornoso del mundo. Para conseguir olvidarte se ha entregado a la bebida y no hay medio de arrancarlo de ella. Ya no trabaja. Lo han arrojado de todos los teatros, nadie quiere su amistad y se encuentra solo y abandonado, sin una mano amiga que le ayude.

Constance oía contar todas las calamidades por las que pasaba Franz y sus ojos se llenaban de lágrimas, sin que hiciera el menor esfuerzo para contenerlas.

El maestro al verla llorar com-

prendió que aún amaba a Franz y le dijo:

—Esas lágrimas me dicen más de lo que tú pudieras explicarme, Constance. Sé buena una vez más y compadécete de él.

Constance se dió por vencida. Era inútil que siguiera oponiéndose a lo que le impulsaba su corazón y exclamó desesperada:

—¿Qué debo hacer?

—Ir a buscarlo, convencerlo de que deje esa vida, hacer de él el hombre que siempre fué y de esta manera vivir la felicidad que su amor te ofrece.

Constance dudó unos segundos, pero al cabo de ellos, exclamó como quien toma una súbita decisión:

—¿Dónde está?

—En el bar... Lo he dejado allí ebrio perdido... Es necesario no perder tiempo, cuanto antes sea mejor.

Constance se echó un abrigo sobre ella y sin cuidarse de la forma en que iba vestida corrió con su maestro adonde estaba Franz.

Durante el camino Constance apenas si dirigió la palabra al maestro Talma. Callaba dolorosamente, pero en su imaginación se iba forjando todo el drama por el cual había pasado Franz. Se daba cuenta de la situación que le había

creado con su abandono y hasta llegaba a acusarse a sí misma por no haberse preocupado antes de él.

Sentía cierto remordimiento de conciencia por lo que le pudiera ocurrir a aquel hombre que tanto demostraba amarla y a quien ella seguía amando como siempre. mentalmente hizo recorrer por su imaginación todos los días pasados en la dulce compañía de Franz, todos aquellos momentos felices en que la dicha que sentía le parecía inextinguible y su alma se abría a la idea de poder reanudar otra vez aquella vida que tanto soñó y que realizó parcialmente.

Su maestro, por su parte, también callaba. Sentía el temor de que el recurso al que había recurrido últimamente fuese ya demasiado tarde, aun cuando comprendía que era el único medio de hacer volver nuevamente a Franz a la verdadera vida del arte y de paz que debía haber llevado siempre.

El coche seguía por varias calles apartadas de la ciudad y Constance no pudo menos que hacer notar esta circunstancia, diciéndole al profesor:

—¿Vive por aquí Franz?

El profesor sonrió con un gesto de tristeza y le respondió:

—Franz vive donde le dejan.

Ella le miró interrogativamente.

te y el maestro se apresuró a explicarle:

—No tiene dinero ni para pagar una triste cama donde dormir.

—¿No gana nada? — preguntó Constance.

—Absolutamente nada. Y cuando algún amigo le ve y se compadece de él y le entrega algún dinero, es en estos barrios, en las tabernas y bares donde dan cuenta de él. Yo soy pobre, y lo poco que tenía ya lo he acabado, no puedo ayudarle más.

—Pero, ¿por qué no recurrió a mí? — le preguntó ella. — ¿Dudó usted de que yo le ayudase?

—Nunca — exclamó inmediatamente el maestro —. Lo único que temía es que él se enterase. Jamás habría consentido que te pidiera ni un dólar. Ya sabes lo orgulloso que siempre ha sido.

—Es verdad — suspiró Constance —. El orgullo es el peor de los males que puede sucederle a una persona. El orgullo nos separó a los dos y ha estado a punto de destruir eternamente nuestras vidas.

El maestro pensaba que con con cuánto retraso se había dado cuenta ella de aquello. Si el día que le habló de la conveniencia de olvidar lo ocurrido ella le hubiera hecho caso, no habrían llegado al

triste momento en que se hallaban ahora. Pero los dos padecían del mismo mal, los dos sentían un amor propio tan extraordinario que ninguno de ellos quiso darse por vencido.

Incluso en aquella ocasión, si él no los hubiera conocido, si él no hubiese estado seguro de que ni Franz ni Constance eran capaces de llevar su rencor hasta el límite de desentenderse de ellos mismos, tal vez el músico no pudiera encontrar el afecto de la mujer que necesitaba para regenerarse y volver a ser otra vez lo que era.

Como si contestara a este pensamiento y sin darse él mismo cuenta, Talma murmuró en voz alta:

—Le costará mucho trabajo... Otro ha ocupado ya su sitio.

Constance le miró, sin saber a qué se refería, y le preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Hablaba conmigo mismo y me decía que Franz tendrá que luchar lo imposible si quiere volver a ocupar el puesto que tenía antes. Otros valores jóvenes, otros músicos ocupan hoy la atención del público y a él le será tan difícil como si principiara en estos momentos.

Constance protestó de la pre-ocupación del maestro diciéndole:

—Franz tiene talento. Franz siente la música como pocos y volverá otra vez a triunfar.

—¡Ojalá sea así!—suspiró Talma—. Ese sería el mayor consuelo que tendría yo, pero no soy tan optimista. Conozco por desgracia de sobras lo que es el público. Sé lo pronto que olvida y lo difícil que es que llegue a interesarse por un artista.

Entraron en un café de lo más bajo de la ciudad y sobre una mesa, aislado de todo el mundo, vieron a Franz que dormía. Se hallaba en un estado de embriaguez enorme y Constance se acercó tímidamente a él diciéndole:

—¡Franz... Franz!...

Ni siquiera levantó la cabeza al llamamiento y entonces Constance le levantó la cabeza para que la viera.

El abrió los ojos inconscientemente y volvió de nuevo a cerrarlos sin darse cuenta de que estaba allí la joven. El maestro la miró y en sus ojos advirtió ella todo el dolor que sentía en aquellos instantes. También Constance experimentaba una angustia infinita. Temía que hubiera llegado demasiado tarde y que yo no fuera tiempo de poder regenerarlo.

Insistió nuevamente en su llamamiento y todo fué inútil. Franz no se daba cuenta de nada, ni volvía de la inconsciencia de su estado. Entonces Constance recurrió a un último extremo. Se acordó de aquella sinfonía que ella había escrito y que tantas veces había tocado Franz y pensó que tal vez al oírla volviera en sí.

Aprovechó la oportunidad de que allí mismo había un viejo piano y se sentó ante él para interpretar la sinfonía.

Las primeras notas no causaron ningún efecto en Franz, pero a medida que Constance seguía tocando, él se incorporó y extendió los brazos a ella, como si fuera una visión que se ponía ante su vista y exclamó:

—¿Por qué me atormentas...? Si no me amas, déjame que te olvide en el alcohol... Quiero beber más, más, hasta que ni una sola idea tenga cabida en mi cerebro.

—Franz—exclamó ella echándole los brazos—, Franz, soy yo, Constance, que vuelve a tu lado.

—Mentira—respondió él—. Me engañas como otras veces... Es una ilusión que te desvaneces cuando te creo más cerca.

—No, Franz—exclamó Constance llorando—. Soy yo misma. Bé-

same, abrázame y te convencerás que soy la misma.

Se acercó Franz a ella, la tentó como si quisiera asegurarse de que era verdad y no ilusión lo que veía y al tenerla en sus brazos fué tal la emoción que sintió que cayó al suelo desvanecido. Su debilidad no había podido sufrir la emoción que

experimentara en aquel encuentro y las fuerzas le faltaron. La misma Constance llamó por teléfono a una ambulancia y de allí se lo llevaron a una clínica para que fuera debidamente atendido, sin que ella lo abandonara un solo instante.

LA LEALTAD DE CONSTANCE

Pero en medio de su atribulación, Constance pensó que tenía otra misión que cumplir. Tenía que dar una satisfacción al hombre que tan noblemente se había portado con ella y mandó llamar a John.

Este fué inmediatamente a la clínica y al ver allí a Constance sospechó que algo anormal ocurría y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Algo muy grave que tienes derecho a saberlo—le dijo ella—. He querido que vinieras antes de tomar una resolución.

John empezaba a comprender algo de lo que le iba a decir Constance, pero así y todo quiso que fuera ella la que hablara primero

y no la interrumpió, mientras ella le decía:

—Siento lo que voy a decirte, John, pero es más noble que lo sepas todo, que no ocultarte la verdad.

Calló un instante como si tomara fuerzas para decidirse a la confesión que había de hacerle y siguió diciéndole:

—Yo no puedo casarme contigo. No puedo hacerlo porque amo a Franz. Al verlo abandonado de todos, caído a lo más hondo de la vida, todo aquel amor que creí olvidado ha renacido en mí con más fuerza que nunca y no sabría abandonarlo. Yo te quiero, John, te quiero como siempre te quise, como un buen amigo que eres, pero

no me pidas otra cosa, porque no podría. Es necesario que desistamos de nuestro matrimonio, Franz me necesita y debo estar a su lado.

Cuando ella acabó, John le respondió:

—No comprendes que tu sacrificio será inútil. Franz está en una situación que no hay remedio para él. No dejará nunca el vicio que le domina, ni volverá a ser lo que fué. Su tiempo pasó ya y es inútil que intente recuperarlo. Los empresarios no le quieren, el público le ha olvidado, todos saben que es un borracho y nadie querrá darle la mano.

—Pues por eso mismo debemos hacerlo nosotros. Franz fué siempre un buen amigo tuyo y no debes abandonarlo en esta situación. Yo sé que tú eres bueno, que eres noble y que interiormente apruebas mi conducta y te enorgulleces de ella.

El joven, al ver que Constance sabía interpretar tan fielmente su sentir, no pudo contenerse y la estrechó las manos diciéndole:

—Constance, eres mucho más buena de lo que tú misma puedes imaginarte.

—Cumpro solamente con mi deber—respondió ella sin jactancia ninguna.

—Y yo sabré cumplir con el que

me impone mi amistad—respondió el joven—. Desde ahora te devuelvo tu palabra y si para algo me necesitas cuenta conmigo.

—Gracias, John—exclamó ella. Era eso lo que esperaba de ti.

Pero el joven más adelante su nobleza y la dijo:

—En la situación en que se encuentra Franz, sé que no tendrá para pagar los gastos que origina su enfermedad y que tú tampoco cuentas con ninguna fortuna para hacerlo. Todo eso correrá de mi cuenta... No tendrás que agradecerme nada porque no es a ti a quien se lo doy, sino al amigo que necesita de mí.

Constance no pudo contener su emoción al oír hablar de aquella forma a John y se abrazó conmovida diciéndole:

—John, eres mucho más bueno de lo que podía creer. Tú mereces ser feliz y lo serás. Algún día encontrarás a la mujer que te haga feliz y entonces nuestra amistad, sin ninguna sombra de duda será mucho más fuerte todavía.

John reflejó en su rostro una mueca de tristeza y no respondió a la joven. Interiormente no podía olvidar el amor que sentía por Constance y su sacrificio era mucho mayor del que nadie podía comprender. Pero sabía imponer

su amistad y el mismo afecto que sentía por Constance a su propio egoísmo y por eso procedió de aquella forma.

—¿Qué dicen los médicos? — preguntó al fin interesándose por Franz.

—Dicen que curará—respondió Constance—. Se trata de un decaimiento moral y esperan que en poco tiempo esté completamente restablecido.

—¿Hace mucho tiempo que está así?—preguntó otra vez John.

—Ya sabes que no lo sé—respondió ella—. Vino hoy a buscarme Talma y él fué quien me dió cuenta del triste estado en que se encontraba Franz. De pronto sentí que todo el amor que sentí en otro tiempo por él renació en mi corazón y no pude impedir su impulso. Corrí a su lado y aquí me tienes.

John no censuró la acción de Constance. La veía justa y él mismo se confesaba que cualquier mujer que poseyera los nobles sentimientos de Constance hubiera hecho lo propio.

Talma salió en aquel instante de la habitación donde se hallaba el enfermo y Constance le preguntó con la mirada.

—Está más tranquilo—le respondió el maestro—. Dice el doc-

tor que se le debe dejar reposar hasta que pase la crisis que ha motivado este desfallecimiento. Todos tienen grandes esperanzas en salvarle.

—Ojalá sea así! — murmuró John, al mismo tiempo que saludaba a Talma, que al verlo quiso confesar la verdad para que el muchacho no tuviese la menor duda de la nobleza de Constance y le dijo:

—¿Le ha dicho Constance todo lo que ha pasado?

—Absolutamente todo — respondió John—. No tiene usted que darme ninguna explicación. Ya le he dicho a Constance que no deben apurarse. Yo pagaré cuantos gastos se originen por su enfermedad.

Talma le abrazó sintiendo que las lágrimas le quemaban los ojos y John, emocionado también, siguió diciéndole:

—Lo único que pido es una cosa.

Los dos miraron un poco colmados a John y éste siguió diciéndoles:

—No quiero que nunca sepa Franz lo que hago por él.

—¿Por qué?—preguntó el maestro.

—Porque Franz es demasiado orgulloso para permitir que nin-

gún amigo le haga favores de esta índole. Viviría preocupado con la sola idea de devolverle lo que yo me hubiera podido gastar con él.

Talma sonrió comprensivo. Nadie más que él conocía el carácter de Franz y sabía cuanta razón tenía John al hablar así. No era la primera vez que él había tenido que decirle y advertirle que el orgullo es un mal consejero de todos. Pero Franz se creía invencible, se creía un ser distinto a todos los demás y se reía de sus advertencias, lo mismo que se reía de cuando el maestro le acusaba de abandonar el arte para entregarse a aquellos devaneos a los que puso fin el casamiento con Constance.

Y apartir de aquel día los tres se dedicaron exclusivamente a unificar sus esfuerzos para lograr el pronto restablecimiento de Franz, que en un principio parecía mucho más fácil de lo que era en realidad. No pasaba día sin que John acudiese a la clínica para informarse de la salud de su amigo, y seguía con vivo interés el curso de su curación, como si en vez de quitarle con ello el amor de la mujer en quien había soñado, dependiese de la salud de Franz el poderla recuperar nuevamente. Constance advertía esta solicitud y en

su alma nació un sentimiento tan fuerte como el del mismo amor, un sentimiento de fraternal amistad, hasta el punto de que hubiera hecho por John, cuanto le hubiera pedido éste.

Poco a poco, el organismo de Franz fué respondiendo a los esfuerzos que los médicos hicieron para salvarle, y al final de algunas semanas salió de la clínica y Constance se lo llevó a su casa.

El cariño y la solicitud de la joven hicieron lo demás, y no habían pasado dos meses cuando otra vez Franz era el hombre de antes. Ni una sola vez volvió a beber y se dedicó con afán al estudio y al trabajo para reconquistar el puesto que había perdido.

Al principio tropezó con muchos inconvenientes; los empresarios dudaban de aquella regeneración y temían por un posible fracaso, pero Franz no perdía la esperanza y cuando alguna vez se sintió desfallecido, Constance supo animarlo para que siguiera insistiendo.

—Tú vales—le decía ella—. No te importe lo que ahora te ocurre. Todo esto lo debías tener previsto como yo lo tenía, pero si sigues con voluntad llegarás a ser otra vez el músico que todos aclamaban.

—Pero es una lucha titánica—

respondió él—. ¿Sabes tú lo que representa que no quieran recibirme los que antes me solicitaban.

—Lo comprendo todo—respondía Constance—. Y efectivamente, la muchacha se imaginaba el dolor que representaba para un temperamento tan orgulloso como el de Franz el no verse recibido por aquellos empresarios que años atrás habían ido tras él proponiéndole contratos. Esto para Franz tenía que ser mucho más doloroso que la misma situación en que se encontraban, pero ella callaba estas ideas y le decía:

—Hazte cuenta de que no has sido nunca conocido, de que eres un músico que principias ahora y que tienes que pasar por los mismos senderos que el principiante. ¿Crees que alguien llegaría a conquistar la gloria, si no tuviera la fuerza de voluntad necesaria para resistir todas estas adversidades?

Franz comprendía la razón que tenía su mujer en aconsejarle de aquel modo y con sus palabras volvía a recobrar el optimismo y le respondía:

—Llevas razón. Debo seguir buscando. Tarde o temprano encontraré un empresario que me atienda y demostraré a todos los demás que soy el mismo músico que antes era, es decir, les demos-

traré que soy mejor, porque antes no había sufrido y ahora tengo la experiencia que da la desgracia. Volveré nuevamente a buscar, triunfaré otra vez y esta vez el triunfo no será mío, si no que te pertenecerá a ti porque tú eres la que me da fuerzas para la lucha y la que me has enseñado que la felicidad hay que buscarla, que no viene de por sí sola a encontrarnos.

Y aquellos coloquios terminaban siempre abrazándose los dos esposos y dándose mutuamente esperanzas para un porvenir que ellos veían, si no todo lo espléndido que podía descarse, por lo menos más claro que días atrás lo había visto Talma cuando Franz se entregaba a la bebida.

Al fin consiguió el primer contrato, al fin iba a dar un nuevo concierto y Franz quiso que la primera obra que ejecutase fuera precisamente aquella sinfonía de Constance.

John por su parte había hecho lo demás, para que la prensa preparara su reaparición con todos los honores y la noche del concierto el teatro se hallaba atestado, lo mismo que tiempos atrás.

Nunca Franz dirigió con tanto cariño ni con tanto entusiasmo una obra como lo hizo aquella no-

che, jamás se sintió tan inspirado como aquella noche y cuando terminó el concierto los asistentes a él se levantaron como impulsados por un mismo entusiasmo para ovacionar al maestro que otra vez volvía a ocupar el lugar que le correspondía por su arte.

Franz se sentía emocionado hasta más no poder. En sus ojos brillaban unas lágrimas.

Mientras el público seguía ovacionándolo, él entró dentro del escenario donde estaba Constance aguardándole y la abrazó y besó con verdadera pasión, mientras ella le decía:

—Sal otra vez... ¿No ves como te aclama el público?

—Me aclama a mí y no sabe que no es a mí a quien debe hacerlo, sino a ti, porque este triunfo es solamente tuyo... Ya tengo otra cosa más que agradecerte.

Quiso besarla de nuevo, pero los aplausos del auditorio le obligaron a salir de nuevo al escenario.

Poco después Constance y Franz salían cariñosamente cogidos hacia su nuevo hogar, mientras que John con una sonrisa de íntimo orgullo, se dirigía hacia un cabaret, pensando que para él la mejor vida era aquella.

FIN

Las maravillas de la temporada

EN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

La tela de araña

Formidable novela de un abogado célebre, que defendió a su esposa a punto de cometer un grave error irreparable.

William Powell
Myrna Loy

Superproducción *Metro Goldwyn Mayer*

EN PRENSA:

La diosa del fuego

Fantástica narración más allá de la ciencia, de la humanidad y de la vida. El secreto de una mujer que aguardó veinte mil años, esperando la reencarnación de su perdido amante. Grandiosa creación de

Helen Gahagan
Randolph Scott

Superproducción *Radio Films*

Alas sobre el Chaco

Novela emotiva de amor, sacrificio y traición. El valor y el arrojo al servicio de una pasión amorosa.

Lupita Tovar
José Crespo **Antonio Moreno**
Juan Torená **Barry Norton**

Superproducción *Universal*

Lo mejor de
lo mejor

SIEMPRE en Ediciones Biblioteca Films... ¡CLARO!

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GLORIA DE UN DIA

La llama del arte que inflama el amor de una mujer.

KATHARINE HEPBURN

LA NOVIA DE FRANKENSTEIN

La novela del monstruo que pide una novia. Por el coloso

BORIS KARLOF

EL REY SOLDADO

Otra maestra del género histórico, de un gran monarca que pasó a la posteridad, con el sobrenombre de «Federico el Grande». Creación del eminente

EMIL JANNINGS

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL

Novela dinámica y de gran espíritu americano, con tema amoroso y moderno.

WARNER BAXTER - MYRNA LOY

OJOS NEGROS

La sublimidad del amor paterno, en contraste con el amor carnal.

SIMONE SIMON - HARRY BAUR

LA ALEGRE DIVORCIADA

Otra sugestiva, de asunto alegre y picaresco, que da ocasión a lucir el gran baile «EL CONTINENTAL» (Danza de los besos). Creación de la simpática pareja

GINGER ROGERS - FRED ASTAIRE

UNA NOCHE DE AMOR

Novela basada en la vida y el éxito de una gran cantante de ópera.

GRACE MOORE

LA VIUDA ALEGRE

La más grande novela de amor de atrevido y sugestivo asunto, por los artistas de la juventud eterna y de la simpatía

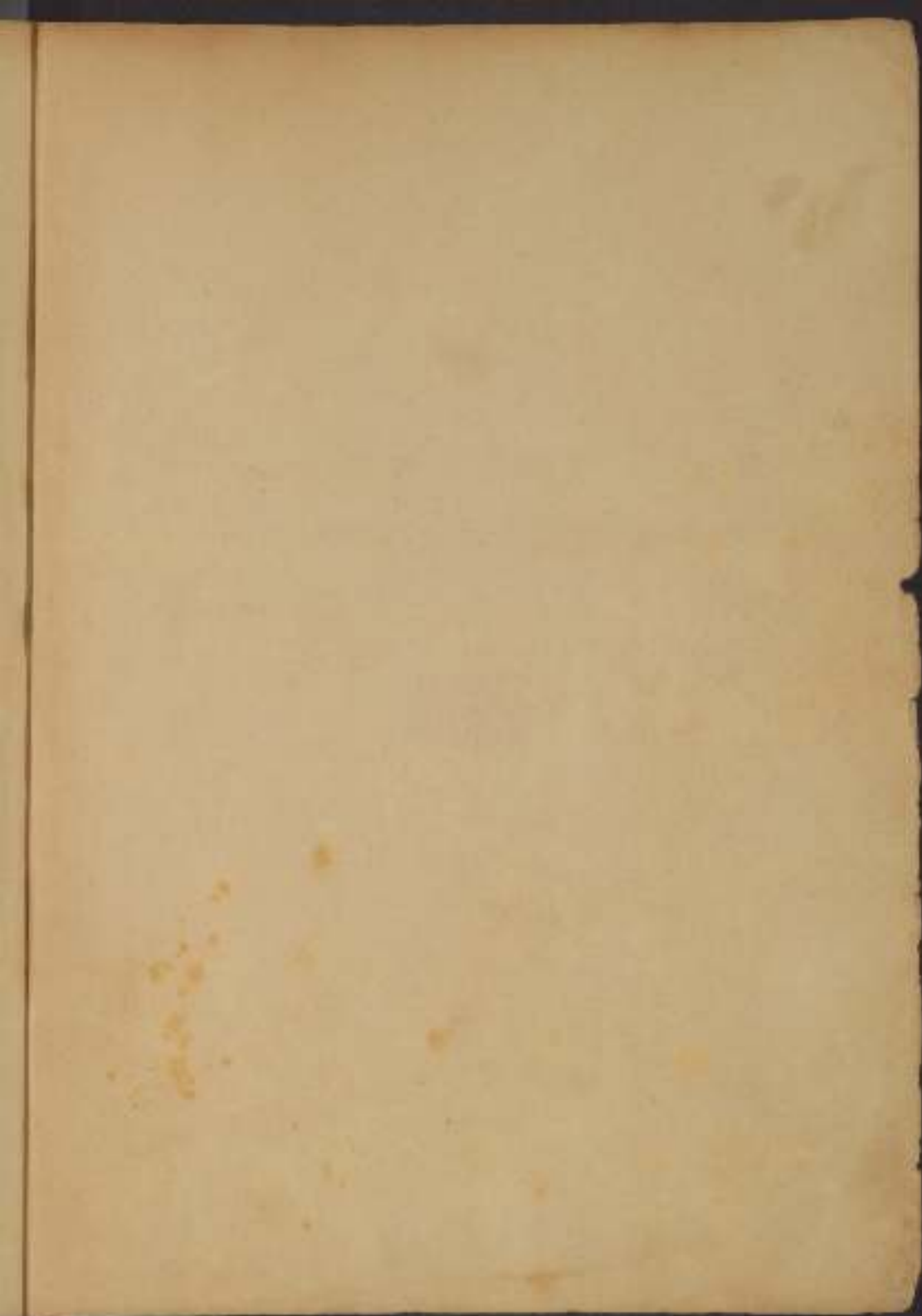
MAURICE CHEVALIER
JEANETTE MC DONALD

Pida su ejemplar
antes de que se agote

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servicios mínimos sueltos y suscripciones completas, precio envío del importe en sellos de correo. Demitan sin cesar para el certificado. Franqueo gratis.



EDITORIAL
ALAS

UNA peseta